3 1761 08168666 9

Bernárdez, Manuel
La cruz de fuego

F
1418
B48

MANUEL BERNÁRDEZ

LA CRUZ DE FUEGO

(TÓPICOS DE UN PROGRAMA AMERICANO)

LIBRERIA NACIONAL
A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & Cia., Sucesores
MONTEVIDEO

LA CRUZ DE FUEGO

DEL MISMO AUTOR

25 DIAS DE CAMPO (*Cuadros del Uruguay*), 1887.
EL TRATADO DE LA ASUNCIÓN (Comentario al ajuste Ichazo-Benitez, para el arreglo de límites entre Bolivia y Paraguay), 1895.
DE BUENOS AIRES AL IGUAZÚ (Cartas de un viaje a Misiones), 1901.
TAMBOS Y RODEOS. Buenos Aires, 1902.
SANTA FÉ, 1902.
LA ARGENTINA EN LOS MARES ANTÁRTICOS, 1903.
CHILE EN LA ARGENTINA (Crónicas commemorativas del Tratado de límites andino-patagonicos), 1903.
LA NACIÓN EN MARCHA (*Viajes por la República Argentina*), 1904.
LA ESTANCIA ARGENTINA (Informe sobre la XIV Exposición Rural de Palermo, mandado editar en inglés por ley del Congreso Argentino. Medalla de oro Exp. de St. Louis), 1904.
HACIA LAS CUMBRES (*Crónicas al galope*). Buenos Aires, 1905.
EL BRASIL. *Su Vida — Su Trabajo — Su Futuro* (Cartas de Viaje a « El Diario »), 1908.
CREAÇÃO DE GADO (Conferencia e artigos publicados pelo Ministerio da Viação do Brasil), 1910.
UN CONTINENTE DE PAZ (Cartas a « La Nación » y « El Diario »), Rio de Janeiro, 1912.
A PECUARIA BRASILEIRA (Artigos publicados pela Secretaria da Agricultura de S. Paulo), 1913.
PAYSANDÚ-MANAOS (*Problemas del intercambio uruguayo-brasilero*). Publicado por el Club Fomento de Paysandú, 1914.
O GIGANTE DEITADO (*Notas e actos de doze annos de vida no Brasil*), 2 vol., Roma, 1922.
O CORAÇÃO DO BRASIL (*Chronicas de Minas Geraes*). Roma, 1922).
LA CRUZ DE FUEGO (*Tópicos de un Programa Americano*), Roma, 1922.

EN PRENSA

ALGUNOS TRABAJOS (*Diplomáticos y Económicos*).
ALGUNOS TRABAJOS (*Periodísticos y Literarios*).
EL DESQUITE *y otros Cuentos*.
PANORAMAS ARGENTINOS.
SOL LEVANTE (*Versos Cívicos*).
SOL PONIENTE (*Versos Líricos*), (Edición Moen).

EN PREPARACION

DE LA CRUZADA AL CENTENARIO (*sesenta anos de política uruguaya*).
ANTEO (*Contactos con mi tierra*).
LAS PATRIAS CHICAS (*Ensayo de psicología histórica*).
TRES TIERRAS Y UN CIELO (*Páginas argentinas, brasileras y uruguayas*).
LA TERCERA ITALIA (*Notas al margen de una Memoria Diplomática*).

Roma — « L'Universelle » Imprimerie Polyglotte.

MANUEL BERNÁRDEZ

LA CRUZ DE FUEGO

(TÓPICOS DE UN PROGRAMA AMERICANO)

LIBRERIA NACIONAL
A. BARREIRO Y RAMOS
Barreiro & Cia. Sucesores
MONTEVIDEO

F
1418
B48

« Las aguilas del Norte y los cóndores meridionales aprenderán a amarse sobre los picachos llenos de invierno, sobre las florestas milenarias, en la paz de los valles, o sobre el ímpetu de los océanos, y sus pupilas, donde gravita el misterio de los cielos profundos, velarán perpetuamente por el reposo de las ciudades laboriosas. Porvenir hacia el que marchamos con un compás de vencedores ; porvenir en que puede pensarse sin caer en un optimismo sonámbulo, ya que la América siente su gestación en las entrañas ; ya que se está formando algo como una conciencia colectiva, y ya que todo ciudadano de una nación americana se siente al mismo tiempo ciudadano de toda la América libre » . . . « habrá mostrado este Congreso que por encima de las fronteras cubiertas de hierro, mas alta que las fortalezas que anuncian las soberanías, mas fuerte que los sillares de piedra de las Cordilleras, mas evidente que las selvas bárbaras y los rios palpitantes y robustos, — el nombre de la gran patria americana priva sobre todas las patrias, como sobre la luz de los soles aislados priva la gloria armónica de las constelaciones ».

(HÉCTOR MIRANDA, Alocución inaugural del primer Congreso de Estudiantes Americanos).

« Yo no puedo aseguraros que esas normas llegarán a tener de inmediato una consagración práctica, ya que es necesario reconocer que surgen a veces dificultades insalvables, creadas, en momentos determinados, por intereses poderosos de orden moral o material que hay que respetar ; pero tengo, si, la convicción de que en el futuro, las normas a que yo adhiero se impondrán sobre todas las conveniencias subalternas, y harán que el Continente Americano, libre de odios seculares y de perniciosos prejuicios de razas, sea capaz de tener influencia para atenuar las hoscas rivalidades que ahora arruinan a los paises europeos y comprometen el bienestar del Mundo ».

(BALTASAR BRUM, *Solidaridad Americana.* Conferencia a los estudiantes uruguayos).

LIBRARY
JUN 15 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

LA CRUZ DE FUEGO

Tu, placido e pallido ulivo,
non dare a noi nulla: ma resta!
ma cresci, sicuro e tardivo
nel tempo che tace!
. . . . . .

(GIOVANNI PASCOLI).

Con tallos de hierba se trenza la cuerda que subyuga a los elefantes.

(PANCHATANTRA).

I.

EL GIGANTE ACOSTADO

Las páginas contenidas en estos volúmenes (*) carecen de la unidad estética de un plan, pero poseen la coherencia moral de una orientación constructiva, informada en sentimientos de concordia y de tenaz idealismo, de cuyo génesis distante es grato a mi oído y a mi espíritu repetir las palabras augurales: «al día siguiente, rayando en los cielos una aurora serena, el *Araguaya*, disminuida su mole por la grandiosidad del panorama que iba surgiendo de las ondas, ponía rumbo hacia la barra de la maravillosa bahía de Rio, en cuyo perfil exterior una estupenda fantasía del Creador de las cosas dibujó, con las montañas de la Gavea y de Tijuca la cara de nariz aquilina, con el Corcovado el tronco y las piernas, y con el Pan de Azúcar los pies de un cuerpo humano quimérico y grandioso, que es llamado «el gigante acostado» o «el gigante que duerme». Allá estaba el gigante, tirado de espaldas, inmóvil en su milenario sueño de piedra; pero la imaginación estimulada por la extraña y severa grandeza del es-

(*) Este Ensayo fué publicado como Introducción a la obra «O Gigante Deitado» (El Gigante Acostado) «Notas y Actos de doce años de vida en el Brasil». 2 vol. Roma, 1922.

pectáculo en contraste con la dulzura virginal del ambiente matutino, llevaba a pensar si no habría llegado la hora en que aquél ciclópeo durmiente, despierto por fin, se irguiese a cumplir un glorioso destino ! . . . Pensando así, esperimentaba una buena alegría al darme cuenta de que tal pensamiento no despertaba la menor sombra de inquietud ni el menor recelo en el cariño que llena mi alma por las dos patrias platenses — por la mía muy amada que ata mi corazón a su tierra tres veces bendita con los lazos de la infancia, de la juventud, del amor santificado, de las mayores alegrías y los más hondos dolores, y por aquella cuyo alto interés y cuyo espíritu me guían en esta jornada, y a cuyo excelso destino me ligan vínculos de afectuosa gratitud y de nobles deberes. Voy a ver — voy a tratar de ver el alma del Brasil — y quiera mi buena estrella que las convicciones ulteriores confirmen el tranquilo optimismo con que, en esta hora de religioso recogimiento, libre el corazón de egoísmo y la conciencia de todo preconcepto que pueda perturbarla, me dispongo a realizar, como mejor y más lealmente sea permitido a la pequeñez de mis medios, la obra de información imparcial que me trae a estas playas, y en cuya ejecución deseo ardientemente poder encontrar y traer a la luz, ya sea en su realidad objetiva, ya « bajo el manto diáfano de la Fantasía, la fuerte desnudez de la Verdad ! » (*)

Esas palabras, escritas cuando por primera vez contemplaron mis ojos embebecidos el inagotable asombro de la naturaleza brasilera, traducían con sincera emoción el limpio pensamiento con que, en un momento de serias aprensiones internacionales, acepté de un gran diario argentino la misión de un viaje de estudio al Brasil, procurando desentrañar de la observación de las cosas y del trato con los hombres, la verdad verdadera sobre sus sentimientos e intenciones en relación a sus vecinos. El resultado de aquella misión que — por la autoridad del diario que la divulgó — tuvo una repercusión considerable — se resumió pri-

(*) « El Brasil », 1908.

meramente en un libro y fué desdoblándose después, al azar de las circunstancias, en una asídua y agradable labor encaminada a probar, por la evidencia de un cada vez más intenso intercambio de intereses materiales y por el cambio amable de nobles valores intelectuales y sociales, que aquellos dos grandes pueblos no tenían — según mi poco saber y entender había podido constatar en el Brasil y sabía de memoria en relación a la Argentina — otra ambición que cultivar en paz sus opulentas heredades, ni existía ningún punto forzoso de roce en sus derroteros ; pudiéndose, por el contrario, ver en ellos un feliz paralelismo, hasta en el hecho de que sus respectivas grandezas, aún cuando llegasen, en el tiempo, a ser equivalentes, *serían siempre y cada vez más, desemejantes* — de donde podía deducirse sin miedo que nunca sus destinos vendrían a encontrarse en la fatalidad inextricable de una encrucijada.

El tiempo no necesitó encanecer para dar toda razón a los que, creyendo lealmente en lo que vieron sus ojos y oyeron sus oídos, declararon contraria a toda realidad actual y a toda lógica de futuro qualquier posibilidad de conflicto. Bastaron algunos actos políticos, simples y cordiales, entre los cuales culminó por su pronta eficacia la doble misión Campos Salles-Roca, hija de una feliz inspiración del Canciller Müller, para que las supuestas nubes de tormenta se disipasen en el aire tranquilo, y los profetizados huracanes se convirtieran en blandas brisas ; formándose, sin ningún artificio, por natural reacción del buen sentido colectivo predominante en ambos pueblos, un ambiente de franco estímulo para el fomento de actividades útiles, en el sentido de intensificar y multiplicar el intercambio de intereses, que debía aumentar y hacer cada día más duradera la armonía y la confianza de los espíritus.

II.

ASUNTOS DE FAMILIA

En este ambiente simpático, al par de muchas nobles y altas voluntades, me fué grato continuar, y continué durante años, utilizando mi afición predi-

lecta de publicista, en la agradable tarea de sugerir o de apoyar medios de entendimiento, en múltiples sentidos y terrenos, aun después de haber fijado residencia en Rio de Janeiro. Comprendiendo en mi esfera de acción sentimental y afectiva un campo no limitado por ningún egoismo o parcialidad, ni personal ni nacional, mi empeño de vulgarizador de ideas y hechos que me parecieron útiles, caminó siempre con mi horizonte — primero hasta los confines de la tierra argentina, donde viví, lleno de nobles estímulos, doce años de vida mental activísima y creo que no infecunda, después dentro de la vastedad de la tierra brasilera, donde agregué al activo de mis satisfacciones íntimas otros doce años no menos laboriosos, puestos con la misma sincera dedicación y obedeciendo siempre a un amplio sentimiento americano, al servicio de cuanta forma de trabajo útil, de cuanta actividad o posibilidad intelectual, artística, económica, industrial, comercial, deportiva, turística, social — en fin, de cuanto pensamiento digno de atención atravesara el sector de mi observación y pudiera obtener algún pequeño aumento de prestigio con el exíguo concurso de mi buena voluntad. Conferencias, cartas informativas que formaron un grueso epistolario, informes oficiales, folletos, artículos sueltos, notas de reportaje y correspondencias para diversos diarios del Plata, todas esas armas, más o menos familiares a mis manos de viejo periodista, fueron alternativamente empleadas, con el afán y el placer de servir aquel ideal de afectuosa lealtad en los sentimientos y de prosperidad en el trabajo. Y era para mi grande satisfacción y fuerte estímulo no tener nunca que hacer restricciones, ni verbales ni mentales, al pugnar por nuevas formas de progreso industrial o de armonía cultural, comercial, económica, pudiendo siempre abarcar en amplios gestos cordiales los intereses de todos los países vecinos, aconsejando el mútuo aprovechamiento de la experiencia que cada uno, en lo que le era especial, iba adquiriendo, para aumentar así, rápidamente, por la adición de todos los tributos, el acerbo precioso de la común civilización. Tal proceder me fué siempre norte, como se verá en las páginas des-

hilvanadas que ahí van en esos volúmenes. Poco después de llegar al Brasil, aun sin ningún compromiso ni siquiera de amistades que sólo el tiempo y una grata convivencia debían originar, fuí invitado a exponer algunas ideas sobre reorganización y aprovechamiento industrial del rebaño brasilero ; y después de esbozar las líneas generales del plan que parecía más racional a mi poca experiencia, aconsejé para su más rápida y segura ejecución la conveniencia, de parte del Brasil, de asimilar directamente, injertando de gajo, con simples adaptaciones a su caso, el fruto maduro de nuestra experiencia del Plata, ya secular en estas actividades, evitando así la inmensa pérdida de tiempo, los errores, las decepciones y los ríos de dinero que nos costó a nosotros el largo aprendizaje. Y cuando ya radicado en el Brasil miraba hacia el Sud meditando nuevos entendimientos, ya fuese para aproximar y reunir las brillantes caravanas de nuestras élites sociales, ya fuese para intercambiar maestros, o para comprar reproductores ganaderos, o para celebrar acuerdos de protección y defensa de nuestra riqueza agraria, siempre hablé, antes que del Uruguay o de la Argentina, del Rio de la Plata. Confieso que no obraba así con un propósito completamente definido ; obedecía más bien a un sentimiento o impulso americanista ligeramente romántico, que desde muy temprano influyó en mi visión de las cosas continentales, las que en ninguna circunstancia pude dejar de considerar de común interés. Nunca admití la hipótesis de que ningún país de América, comenzando por el mío, pudiese basar su prosperidad, no digo en el perjuicio, sinó ni aun en la falta de información o en la rectificación de un rumbo equivocado, en que la experiencia hecha por un vecino le pudiese servir. Siempre creí que, si cualquier otra nación de nuestra familia continental pudiese y quisiera hacer alguna cosa, industria, comercio, cultura, como nosotros o mejor que nosotros, y nuestro consejo pudiese servirle, deberíamos dárselo enseguida, y aun anticipar la sugestión si tal austera satisfacción estuviese a nuestro alcance.

III.

CADA VINO EN SU ODRE

Felizmente, estamos apenas tanteando actividades, y nuestra principal dificultad es la de escoger. En aquel órden de ideas, por ejemplo, desde las columnas editoriales de «El Diario» argentino concurrí en una noble polémica con «La Nación» a sostener la tésis de la nacionalización del puerto de La Plata como antepuerto de Buenos Aires, para que la capital argentina tuviese un puerto profundo, donde pudieran entrar los barcos de gran tonelaje que habian de resolvernos el problema visceral de los fletes económicos. Aparentemente — y no faltó quien me lo recordase — eso contrariaba intereses del puerto de Montevideo, que tiene profundidad para los grandes calados y podía quizá pretender en allo alguna pequeña hegemonía platense, Así parece que yo iba contra una conveniencia de mi país . . . Pero un concepto más amplio de las cosas mostraba enseguida la honesta coincidencia de los intereses, — porque siendo Buenos Aires cabeza natural de líneas ultramarinas y siendo su tráfico la mayor atracción en el Atlántico Sud para los grandes navíos, no sería posible pretender que estos viniesen sólo por el tráfico de Montevideo, resultando así nuestra superioridad totalmente ilusoria, — pues pensar que podríamos imponer a Buenos Aires la condición de un puerto de cabotaje dependiente del nuestro para el gran tráfico era una niñería, visto que el lecho fangoso del estuario, desde Puerto Madero hasta Punta de Indio, podía ser llevado a una profundidad de 28 a 30 piés sólo con obligar a los barcos que salieran del puerto a arrastrar cadenas de hierro por el canal hasta los fondos marinos, como se hizo en el Mississippi, — o podrían los argentinos — que ya improvisaron en veinte meses, trabajando día y noche, su grandioso puerto militar — construir de un año para otro un puerto para Buenos Aires más profundo que el nuestro, en la vecina ensenada de Samborombon, que una electrovía a alta velocidad aproximaría a una hora y media de Puerto Madero, constituyendo así un potente complexo portuario. Ante

esas posibilidades evidentes, parece claro que el interés uruguayo, aun mirado por la visual de un patriotismo egoísta, no estaría nunca en obstar, aun cuando eso fuese factible, al mejoramiento de la situación portuaria argentina ; pero es curioso e instructivo para quien aprecia la utilidad de ciertas generalizaciones, comprobar que también el interés, que parecía ajeno al caso, del Brasil, sería perjudicado si la Argentina no viniera a tener puertos en que pudiesen operar barcos de gran tonelaje : porque en esa hipótesis, sólo tendrían estos el atractivo del tráfico brasilero, que, por la propia naturaleza de sus principales productos — que comparativamente a su valor requieren mucho menor tonelaje que los argentinos — no comportaría por muchos años el establecimiento de grandes líneas exclusivas, con cabecera terminal en Rio. Era el conjunto sumado de nuestras producciones, donde abultan por su ingente volúmen métrico los cereales y las carnes argentinas, lo que nos daría a todos el beneficio de los grandes tonelajes — hacia donde ya iba evolucionando y debe forzosamente volver la marina mercante, — y la consecuente disminución de los fletes, vital para nuestra expansión en los mercados ultramarinos.

IV.

SIN RUMBO Y SIN PROGRAMA

Sería una puerilidad atribuir a quien escribe estas referencias el propósito de asumir el papel de precursor o de rapsoda de nuevas gestas. Quién fuese capaz de pensar tal, vale más que deje el libro. Refiérome a estas cosas con cierto pormenor porque ya no es tiempo de hablar de intereses de América por medio de fórmulas sibilinas y dogmas cerrados. Precisamos tratar concretamente nuestros asuntos, nuestros negocios, nuestros ideales, en fin, nuestros intereses. Precisamos poner sin demora en acción el viejo lema del Brabante, pero menos que hablando, haciendo. Discursos de confraternidad hemos oído bastantes. Es necesario empuñar la palanca, y que cada esfuerzo personal o colectivo, de hombre o de nación, haga lo más que pueda. Nos falta un

programa de conjunto. Debemos pensar en hacerlo. Andamos desorientados dentro de nuestro vasto continente, demasiadó absortos en nuestros pequeños egoísmos, preocupado con exceso cada uno de nosotros con su caso nacional, con su política, con su presupuesto, ignorando lo que hacen los demás, haciendo un aprendizaje democrático muy desigual y muy lento, porque nadie procura aprender de nadie ; mientras que, si estuviésemos en relaciones más familiares, podríamos pasarnos unos a otros tanta lección útil, tanta experiencia provechosa, por encima de nuestros muros divisorios ! « No quiero, señor » — decía Webster en 1826, hablando en el Parlamento americano sobre la misión que debía ir al Congreso de Panamá — « hacerme ilu- « siones sobre los progresos de aquellos nuevos Estados, « en la grande obra de establecer una libertad popular « y una democracia sobre bases sólidas. Sé que en « esta obra larga son niños de escuela. Pero, gracias a « Dios, ya están en la escuela ! ». Generoso amigo nuestro ! Aquella escuela, en vez de conservarse abierta para toda la familia, se subdividió en tantas cuantas unidades políticas surgieron ; y faltando el gran agente educador de la comparación constante y de las fecundas emulaciones, muchas de las escuelitas se convirtieron en capillas sectarias, de tiranía y abdicación, que hicieron posibles largos y espesos aislamientos medioevales entre pueblos que en una intensa vida de relación y en un estrecho y leal contacto de las manos y de las almas, tenían la condición suprema de su progreso.

V.

LA LECCIÓN DEL PASADO

Sin embargo, venía desde el dintel de nuestra vida libre un obscuro pero evidente sentimiento de cohesión, insinuándose en la preocupación generosa de no aislar los esfuerzos destinados a libertar el continente dentro de límites o fronteras apenas empezadas a delinear, en la tierra estremecida, por los sables de la Revolución. Entre las palabras precursoras — sagradas simientes que no podían dejar de germinar en la hora propicia —

es dulce a mi oído sentir el eco perenne y grave de la palabra de Artigas, el primero en el tiempo que, irguiéndose sobre el precario horizonte, aún no definido, de la patria que estaba fundando, y extendiendo la mirada aún más allá de los vastos confines del Virreinato del Plata, pensó y habló del «interés de América», declarando que «la libertad de América formaba su sistema, y planearla era su único anhelo», y en memorable nota de 23 de enero de 1812, «cuando las victorias españolas en el Alto Perú hacían dudar de la suerte de la Revolución», afirmó la necesidad de una campaña continental; campaña de irrevocable redención, que cinco años más tarde sería gloriosamente realizada por San Martin, atravesando los Andes, libertando a Chile y subiendo al Norte — en una escuadra chilena y acaudillando soldados argentinos y chilenos— a hacer del opulento Virreinato del Perú una gran nación libre — y por Bolívar, bajando de los majestuosos planaltos ecuatoriales como un heraldo del destino, y dejando detrás de sus victorias, ya en floración, un semillero de nuevas naciones. Uno, ejecutor genial y estoico de los grandes ideales de Mayo, — otro, Hombre-Providencia y Hombre-Tempestad, en cuya naturaleza volcánica más que en la de cualquier otro de los grandes condotieros de la historia, se realizaba aquella sublime y formidable mezcla del concepto emersoniano, «demonio y dios, fulguración y espasmo, estupendo antagonismo que se mueve con los polos del Universo», aquellas dos ingentes fuerzas desencadenadas irresistiblemente como dos convergentes pamperos de Libertad, el uno del Septentrión al Noto, el otro del Noto al Septentrión, eran como una primera encarnación del Verbo americano, como una fuerza virtual del principio aún no enunciado, pero ya latente y actuando misteriosamente en la conciencia de los pueblos, de la solidaridad continental. Sobre la trágica serie de tormentas que ha sido nuestra lucha, ya secular, por la independencia y por la democracia, el arco-iris de iniciativas prematuras y audaces, de actos inspirados por un generoso idealismo, de altas palabras proféticas, ha, de distancia en distancia, extendido sobre la torva faz de

los cielos, la cinta promisora de sus siete colores. Y quizá valiese la pena recordar siquiera algunas de las nobles sugestiones que surgen del pasado como índices indicadores del rumbo, para comprobar la universalidad de aquellos sentimientos, orientados en el sentido de integrar en alguna forma una entidad continental. Va a tener un siglo el inaudito gesto de Bolivar, estéril en frutos inmediatos, inmenso en sugestiones de futuro, pretendiendo formar en el Congreso de Panamá una Confederación imposible por su índole imperialista que los pueblos americanos sentían instintivamente contraria a sus vitales conveniencias; pero junto a ese designio liberticida, como un purísimo diamante engarzado en un arma de muerte, fulguró por vez primera bajo nuestros cielos la idea del arbitraje, llamada a ser el *fluctuat nec mergitur* de los pueblos americanos. Nada se hace, mas todo se prepara. El sentimiento de cohesión, que no es sinó el instinto de conservación de la raza, continúa a reflorecer en sucesivas primaveras, depurándose gradualmente de designios nocivos, evolucionando através de Conferencias y Congresos Sud y Panamericanos, cada vez con mayor energía, desde el ideal elemental y sentimentalista de Monteagudo de « conservar la paz y la amistad entre las Naciones del Nuevo Mundo » hacia la forma más dinámica de crear una entidad jurídica continental, bajo la base de la unificación del Derecho. Era el camino más seguro aunque talvez el más largo. La Conciencia politica favorable a una comunidad permanente de los Estados americanos, ha oscilado en ese terreno entre impulsos divergentes; pero la conciencia jurídica ha caminado a lentos pasos firmes, y con ella la idea de solidaridad ha continuado emergiendo de la nebulosa ideológica, ensayando su fuerza episódicamente, en lances memorables, en que los pueblos de América Latina han honrado su orígen, acudiendo alternativamente los unos en apoyo de los otros: ora es Chile, que después de haber cooperado con ejércitos, escuadra y dinero para la independencia del Perú y de haberlo ayudado más tarde a abatir en Yungay la peligrosa tiranía de Santa Cruz, apoya nuevamente al vecino en el incidente de las Islas Chin-

chas, invocando por primera vez la entonces reciente Doctrina de Monroe, y acompaña al pueblo hermano hasta el sacrificio, declarando por solidaridad guerra a España y sufriendo el bombardeo de Valparaiso ; ora es la Argentina, que sin tener ningún motivo especial ni aún de vecindad geográfica, protesta también en apoyo del Perú por la altísima voz de su Ministro Sarmiento, que funda el gesto memorable « en el espíritu de solidaridad continental y en la unidad de principios e intereses americanos », y más tarde, ya en nuestros días, apoya a la gloriosa y atribulada patria de Bolívar con la histórica nota Drago, que fundó e impuso una nueva Doctrina al mundo civilizado ; ora es el Brasil, protestando, desde los trópicos distantes, en notable documento, ante el Gobierno de España, contra el bombardeo de Valparaiso (*) y ofreciendo en la misma grave contingencia a Chile sus buenos oficios y su apoyo moral « para que no prevalezcan principios ofensivos a la autonomia y a los legítimos intereses de los Estados del continente americano » y más tarde, alternativamente, concurriendo con su concurso mili-

(*) ... « La moderna civilización, respetando los derechos de los beligerantes, tiende a aminorar los males que resultan del estado de guerra ; consigue proteger tanto la propiedad neutral como la enemiga inofensiva, y condena todo acto de hostilidad que no sea necesario. Valparaiso estaba protegido por esta práctica saludable. No era una plaza de guerra ; era una ciudad comercial y encerraba, además de la propiedad enemiga enteramente inofensiva, propiedad extranjera y neutral de valor considerable. Su destrucción en nada aprovechaba a España. No quitaba recursos al enemigo, ni influía directa o indirectamente en el éxito de la guerra. Bombardeando aquella ciudad, perjudicó España principalmente a los intereses neutrales, y, estableció un precedente fatal que no puede ser sancionado, ni aún por el silencio de las demás naciones. El Brasil, y la mayor parte de los Estados Americanos, nuevos aun, no disponen de todos los recursos necesarios para hacerse respetar ; y, diseminada su riqueza y su población a lo largo de costas extensas e indefensas, están sujetas al abuso de la fuerza, y necesitan, por eso, más que las otras, que sean mantenidas las máximas de la civilización moderna que constituyen su principal y más eficaz protección ». (Despacho del Consejero Saraiva, jefe del Gobierno Imperial, a la Legación Brasilera en Madrid para ser comunicado al Gobierno de España. 15 mayo 1866).

tar y financiero para ayudar a destruir despotismos en la Argentina y en el Paraguay, y para auxiliar al vecino Uruguay en diversas crisis dolorosas de su organización nacional; ora es el Perú — que ya probara su fe americana organizando en Lima dos Congresos jurídicos continentales, uno en 1864, otro en 1879 — invitando para el segundo, con un gesto que era un grito de aliento solidario « a la República de Cuba en armas » en momentos en que la joya antillana mantenía heroicamente con España su primer guerra por la independencia : ora son — en un lance espléndido — todos los pueblos latinos del Nuevo Mundo, toda la latinidad americana presente en el segundo Congreso de la Haya, que, sin haber pensado en acuerdos previos, en un unánime movimiento de defensa de su vital interés, de su dignidad y del concepto a que se sentía con pleno derecho ante la civilización, sostuvo victoriosamente, contra los *leaders* altaneros del Poder y de la Fuerza, apoyando con los votos de todas las delegaciones latino-americanas el pensamiento genial y la palabra admirable de Ruy Barbosa, la tésis — que era para nosotros suprema condición de ser o de no ser en la comunidad internacional — de la igualdad de todas las naciones, débiles o armipotentes, en la soberanía y en el Derecho ; ora es aquél gesto nobilísimo de los Ministros Murature, Müller y Villegas — los Cancilleres del A. B. C.. — que con serena decisión, en una hora singularmente delicada para la política panamericana (también con el apoyo expreso de todas las naciones latino-americanas que muestran así una vez más su espontánea disciplina para actuar en conjunto) intervienen, con resultado venturoso, para evitar un inminente conflicto armado entre Méjico y Estados Unidos que ya había desembarcado tropas en Veracruz — gesto que por su profunda significación y su eficacia motivó nobles palabras de gratitud de las dos naciones en conflicto y el fraternal regocijo de toda América (*) ; ora es, en fin, y para venir a los hechos más

(*) La lectura de los documentos producidos en esta memorable mediación — notable en su iniciativa por tratarse de intervenir en un conflicto en que Estados Unidos había

recientes — el Uruguay, que después de haber demostrado en 1889, en el Congreso de Montevideo — iluminado por el preclaro espíritu de Gonzalo Ramirez — la practicabilidad de acuerdos jurídicos permanentes entre los pueblos americanos, (y de haber propuesto en la Haya, por la voz precursora de Batlle y Ordoñez, el tratamiento preventivo de la guerra por medio de una asociación de Naciones como ésta que recién ahora, después del cataclismo, procura hacerse efectiva) actuando dentro del ambiente caliginoso y violento del conflicto europeo, bajo la elevada y vigorosa acción diplómatica del Canciller Brum, tuvo la fortuna de dar vida jurídica y fuerza política al más alto y más útil postulado del Congreso de Panamá, consiguiendo firmar con tres potencias europeas y con cuatro naciones americanas — de las cuales el Brasil fué la primera — Tratados de Arbitraje General y Obligatorio que, en relación a los posibles desmanes de la Injusticia y de la Fuerza, recuerdan aquel prodigioso hilo de seda de la mitología escandinava, único con que fué posible reducir a la impotencia al sanguinario lobo Fenris; y después de ese paso trascendental, dió aún el Uruguay otro de más largos alientos, llamado a imprimir un sentido concreto y una función permanente — por lo menos en relación al Uruguay — a la idea de solidaridad americana, con el Decreto de 18 de Junio de 1917

ya entrado en las vías de hecho, y notable en sus resultados, que solo fueron obtenidos después de negociaciones largas y delicadísimas, complicadas por el estado revolucionario en que se hallaba Méjico en esa ocasión, es uno de los elementos de juicio más interesantes para juzgar de las emergencias posibles del futuro por la lección del pasado. Cumple reconocer que Estados Unidos, evidentemente el más fuerte en la ocasión y ya resuelto a obrar materialmente (en un escenario donde, con mucha frecuencia, le han sido atribuidas intenciones no favorables a la prosperidad pacífica de Méjico) en esta circunstancia de la intervención — comedida y amigable cuanto se quiera, pero intervención, ingerencia al fin — de la América del Sud en un grave negocio de su interés, fué irreprensible de principio a fin. Los informes diplomáticos de las naciones mediadoras contienen documentos del más alto valor para juzgar aquel sugerente caso histórico.

que, inmediatamente después que el Brasil y Estados Unidos hubieron entrado en la guerra «considerando «que en diversas comunicaciones el Gobierno del Uru-«guay había proclamado el principio de la solidaridad «americana como regulador de su politica internacio-«nal, entendiendo que el agravio inferido a los derechos «de un país del continente deberá ser considerado como «tal por todos y provocar en ellos una reacción uniforme «y común; que en la esperanza de ver realizar un «acuerdo a ese respecto entre las naciones de América, «que haga posible la aplicación práctica y eficiente de «dichos ideales, había adoptado el gobierno uruguayo «una actitud de expectativa en cuanto a su acción, pero «significando en cada caso su simpatía por los países «continentales que se veían obligados a abandonar la «neutralidad; considerando que, mientras no se pro-«dujera ese acuerdo, el Uruguay, sin contrariar sus «sentimientos y sus convicciones, no podía tratar como «beligerantes a los países americanos que, en defensa «de sus derechos, se vieran comprometidos en una «guerra intercontinental, resolvía declarar: *que ningún «país americano que, en defensa de sus derechos, se hallase «en estado de guerra con naciones de otro continente, «sería tratado come beligerante*». Mi condición de uruguayo no me puede impedir la mención del caluroso aplauso con que la conciencia de América acogió aquella declaración, hecha por una nación sin poder militar, cuando la guerra era aún una mortal incógnita para los amigos de la causa aliada — mucho más cuando puedo afirmar que si mi corazón de uruguayo sintió en aquella circunstancia un varonil orgullo, mucho más hondamente repercutieron en mi sentimiento de americano las altas palabras irrevocables.

VI.

PROGRAMA POLÍTICO

Siguiendo asi, a grandes pasos, el surco cada vez más luminoso y más claro, que el concepto de la solidaridad ha venido dejando en nuestra historia, y viendo con nuestros propios ojos, en los días actuales, la forma

en que una serie de actos solemnes y graves lo definieron y precisaron, no se podría decir con verdad que América no posea un programa político, o por lo menos una base programática suficiente para, si pareciera conveniente después de bien examinados los intereses de la familia en el continente, fijar los puntos básicos de un entendido permanente. Al contrario: el propio autor del Decreto uruguayo que tradujo el principio idealista de la solidaridad en una fórmula positiva y dinámica, aunque forzosamente provisoria, propuso, ya siendo Presidente de la República, la formación de una Liga Americana, fundada sobre ciertas bases destinadas a completar la Doctrina Monroe con una especie de Estatuto equivalente del grupo latino-americano, comprometiendo su reacción colectiva contra la agresión que sufra cualquier nación americana, no sólo contra su independencia, sino también contra sus derechos (*). Tratándose de cuestiones que a todos interesan en la misma medida, y donde no hay ni intenciones que esconder, ni reservas mentales que hacer, ni ventajas particulares que sacar, puede decirse sin indiscreción que un número no pequeño de gobiernos y de institutos americanos hicieron conocer al Presidente Brum su franca conformidad y su disposición simpática para una inmediata acción en aquel sentido; debiendo atribuirse a la necesidad de atender primero a la solución apremiante de los agudos problemas que nos dejó la guerra, el hecho de no haber aquel pensamiento hecho su camino. Pero no creo que la demora le haya restado vitalidad, y en cambio, pienso que su oportunidad — con una ampliación que parece indicada por fenómenos posteriores — puede ser más flagrante cuanto más tarde Europa en recobrar su perdido centro de gravedad, y cuanto más nosotros mismos estemos en dificultades, que cada día parecen mayores, para pagar nuestra parte alícuota en los errores y conflictos de Europa, que nos cuestan tan caros como a ella. Librados a nuestros propios medios, olvidados en

(*) BALTASAR BRUM, « *Solidaridad Americana* ». — Conferencia en la Universidad de Montevideo (21 abril de 1920).

los indecisos planes que el Viejo Mundo estudia para su reconstrucción económica, va imponiéndose claramente a nuestra conciencia este doble hecho determinante: primero, la actitud de Europa, que afligida y abrumada por sus propios asuntos, y poco o nada habiendo aprendido en la guerra en relación a la América Latina, vuelve a dedicarle aquella misma indiferencia distraída de antes de la guerra, sin darse cuenta del considerable terreno que en los caminos del orden político y social ella perdió y nosotros ganamos: y segundo, el franco y progresivo interés que la América del Norte viene poniendo en entenderse con las vecinas latinas. Un diario parisién atribuye ese interés a la facilidad con que los latinos de América «olvidando insistentes aprensiones», se decidieron por una política de abierto panamericanismo, y al hecho de que Estados Unidos, aburrido de ver a Europa perder tanto tiempo en decidirse a hacer esta cosa supremamente simple: *ponerse de nuevo a trabajar* — en vez de obstinarse en sacar del viejo y desacreditado recetario politico el remedio para su terrible enfermedad, visceralmente económica, — resolvió desinteresarse de Europa e intensificar sus medios de penetración comercial y financiera en el Sud del Continente, «abriendo las puertas de cualquier dificultad con la llave dorada de fáciles empréstitos». Lo que parece cierto es que Europa no ha alcanzado a comprender — con excepción de Bélgica y quizá de Italia — que una de las bases más seguras y tranquilas de su resurrección económica y de su pacificación social podía haber sido la América Latina; y cuando por fin, en la Conferencia de Génova, pareció decidida a afrontar la situación en su aspecto real organizando un plan de saneamiento económico de Europa, lo que quiere decir del mundo (pues la interdependencia y correlación de todos los factores económicos mundiales es un hecho imposible de ignorar), no se acordó de la América Latina, es decir, prescindió precisamente de una de las reservas de energía que mayor cantidad de fagocitos y de elementos de reintegración podía haber aportado, incorporada a la corriente circulatoria de la economía universal.

Para curar la parte enferma del mundo, se dejó de lado una de las partes donde existen más elementos de salud . . . Si cupiese hacer humorismo con estas cosas serias, podríamos suponer la curiosa ilusión de un hospital en que los enfermos esperasen curarse permutando sus respectivas dolencias. En el caso de Europa diríase un medio de propagar voluntariamente los gérmenes epidémicos, como hacían nuestras abuelas cuando el sarampión les entraba en la casa : juntaban al enfermo con todas las criaturas, para que agarrasen enseguida la infección. Hoy la medicina es contraria a tales procedimientos, que tratándose del sarampión podían pasar . . .

El hecho, en lo que nos dice relación, parece ser que, ante este estado de cosas desalentador que se prolonga sin término visible y que entristece nuestros corazones de hijos de la civilización europea, incapaces de contemplar sin alarma la induración de la tremenda crisis que — además de arruinarnos también a nosotros — amenaza secar o poluir algunas de las más puras e illustres fuentes de la cultura humana — parece evidente que Estados Unidos, poco accesible a consideraciones sentimentales, pensó realmente en la conveniencia de cultivar escenarios de expansión comercial y financiera más firmes y tranquilos, y con su intrépida decisión habitual resolvió intensificar su acción comercial y financiera en nuestros mercados, que durante la guerra reconoció y apreció — talvez con un poco de sorpresa — en sus inmensas posibilidades. En todo caso, los motivos de este hecho poca importancia tienen : lo que importa es el hecho mismo, que es de toda evidencia, constituyendo un accidente considerable, que puede ahorrarnos medio siglo en la evolución de nuestro progreso material y social, si sabemos tomar medidas oportunas para recibir la formidable preferencia que nos solicita, de manera a aprovechar sus beneficios sin tener que sufrir sus posibles y quizá graves inconvenientes — ya que la palabra *peligros* puede parecer, y efectivamente yo la creo, excesiva. La politica panamericana que todos defendimos en Congresos y Conferencias, aunque con la vaga sensación de estar tratando de una cosa aun muy genérica e inactual, entra así

de golpe en las realidades determinantes, invade nuestros sectores económicos, banquea, intercambia, y sobre todo, nos presta largamente dinero. El eje de nuestra politica económico-financiera empieza a sufrir un fundamental desplazamiento. América Latina es llamada así, clara y sugestivamente, por actos de una eficacia poderosa, a una implicita y progresiva integración continental.

VII.

CONSEJO DE FAMILIA

Es una hora solemne. Es quizá la hora de reflexionar y de estudiar la conveniencia de un plan de conducta encaminado a obtener que aquella integración no pueda llegar a tener, en el tiempo, otro carácter ni otras consecuencias que las de una vasta, fecunda y cordial asociacion de intereses. Es quizá la hora de que los pueblos latino-americanos se reunan en consejo de familia para considerar si antes, o por lo menos al mismo tiempo de atar estos vinculos politico-economicos, no seria factible y saludable estrechar un poco más los vínculos domésticos, dándoles, en cuanto sea posible, una significación práctica, que acabe de asentar en la fisica de honestos y sólidos intereses, la metafisica de los tradicionales sentimientos. Nadie hallaría extraños estos entendidos entre nosotros, porque no es posible contestar que tenemos intereses privados, caracteristicos, exclusivos de nuestra América, de nuestros pueblos, de nuestra civilización audaz y desigual, en fin, de nuestra raza. Al contrario de lo que ocurre en la familia civil, donde la edad provoca la dispersión de los individuos obrando como una fuerza centrífuga, nuestra mayoria de edad política, significando mas juicio, mayor cultura espiritual, más clara y perfecta conciencia moral y juridica, mayores intereses a defender y a fomentar, ha obrado felizmente como una suave y tenaz fuerza centrípeta, de afinidad y de coherencia, gravitando visiblemente hacia ciertos planos ideales de cohesión y entendimiento. Pero eso tenía y tiene una base espiritual, un punto de

partida indestructiblemente afectivo — tenía y tiene la base del orígen común, la misteriosa fuerza de afinidad de la raza. Es de ahi que nació la noción, cada vez más precisa y firme, de que la América Latina tiene un destino homogéneo, una partida a jugar asociada en el tablero de la historia, un bien común a defender. Y cumple precisar que ese sentimiento, que desde el albor de nuestra independencia vimos flotar sobre las ondas agitadas de nuestro destino, tenaz e insumergible como el Espiritu de Dios que, según el Génesis, cuando el mundo era un Caos, flotaba sobre las aguas, es un sentimiento genuinamente americano, que Agustin Edwards, Ministro de Chile en Londres, acaba de bautizar con el nombre exacto y feliz de « patriotismo continental », declarando que ese sentimiento « que no existe en ningún otro continente », constituye un seguro politico mútuo entre todos los pueblos americanos, grandes y pequeños. « Quién osara levantar la mano sobre cualquiera de ellos, encendería la llama de nuestro patriotismo continental ». Esas palabras del eminente diplomático chileno traducen con energía la realidad del sentimiento que hemos visto actuar, en nobles gestos expontáneos, de los cuales solo recordamos aquellos que ofrecían una más franca y promisora significación, histórica y actual, como son por ejemplo los que muestran entro Chile y el Perú vinculos de sangre, amor y sacrificios, anteriores a su dolorosa discordia, tan fuertes y potentes, que no pueden dejar de imponerse de nuevo y con la misma fuerza de cohesión a las nobles almas de los dos pueblos, luego que la insospechable imparcialidad del árbitro escogido pronuncie su palabra de justicia y de paz, que el interés y el corazón de América desean pronta y definitiva ; y como son también y muy especialmente, aquellos actos en que las dos grandes subfamilias continentales, la de sangre española y de la raiz portuguesa, a pesar de la diversidad de las lenguas, muestran sentir en lo íntimo de su ser colectivo una fuerte tendencia a la unidad, que va triunfando hasta de la tradición ancestral — tradición que era de luchas y rivalidades implacables entre nuestras dos naciones madres. Diríase

que las dos progenies de la vieja raza común, pasando el vasto mar lustral con rumbo a las tierras de la Esperanza — donde cada una de ellas adquirió ricos bienes sobre la tierra y ancho lugar al sol — aligeraran sus herencias, echando por la borda todos los pesos funestos. Así, solo duraron las rivalidades entre hijos de España e hijos de Portugal, el tiempo que duró nuestra condición de colonias. Una vez independientes de las viejas metrópolis, las rivalidades europeas que aquí no tenían razón de ser, gradual y expontáneamente fueron desapareciendo ; el sentimiento original de la raza fué recobrando sus derechos ; y poco después, — a pesar de la diferencia de las lenguas y de las instituciones, que imponían al Imperio un prudente aislamiento contra el contagio republicano — las fuerzas de afinidad comenzaron a obrar y a definirse, produciendo alianzas de guerra con fines de bien común y actos diplomáticos de recíproco apoyo, entre el Brasil monárquico y las repúblicas hispano-americanas.

Siento una real satisfacción pudiendo, aunque sea de paso, hacer esta constatación, sin dudas ni restricciones, remarcando especialmente el hecho de la disciplina expontánea y cordial con que, así como en la lucha contra la tiranía de Lopez, donde los tres ejércitos aliados combatieron con la misma bravura bajo el comando de Mitre o de Caxias, todos los pueblos de la América española, en la ya citada jornada de la Haya, marcharon en perfecto acuerdo con el insigne Embajador de la América portuguesa. Y la acción fué disputada precisamente en disidencia con la América inglesa, que con sus accidentales compañeros, acaudillados por el famoso barón Marshall, autoritario y soberbio, capituló lealmente ante la actitud altiva, decidida y coherente, del grupo latino-americano. Nuestra grande hermana del Norte no estaba entonces con nosotros. Fuerte, estubo en esa memorable jornada con la Fuerza, — mientras Rio Branco, consciente del grave peligro que corrían las nacionalidades pequeñas, los pueblos sin poder militar, con un gesto magnifico de fé en el espíritu de la raza, consultó por circular telegráfica a todas las Cancillerías hispano-americanas so-

bre la conveniencia de una acción común, obteniéndose en pocas horas el resultado memorable (*). Y yo no sabría decir lo que en aquel áureo episodio fué más bello, ejemplar y glorioso: si la intrépida inspiración de Rio Branco, si la elocuencia soberana del paladín brasilero conquistando para su nombre y para su nación el honor de haber conducido la falanje latino-americana a la primer batalla y a la primer victoria, o si el gesto elevado y unánime de los diez y siete pueblos de lengua española que por sus ilustres representaciones, donde había nombres de tan altos prestigios continentales como Batlle y Ordoñez y Drago, decidieron, sin una discrepancia, apoyar al Embajador del único pueblo americano de lengua portuguesa!

VIII.

LAS DOS AMÉRICAS

Surge de estos hechos la evidencia de que la latinidad americana está afectada por dos grandes categorías de intereses, que no chocan, pero que no se confunden: *el interés racial*, peculiar al grupo de naciones que ella constituye, y el *interés político*, común a todo el complexo continental. La familia anglo-americana y la familia de orígen latino, tienen vastos planos de coincidencia donde asociar provechosamente su esfuerzo y su genio; pero cada una tiene interés — y con ese interés coincide el interés continental — en no perder su fisonomía moral, en no destruir su herencia psicológica y social, en purificar y perfeccionar

(*) «La consecuencia inmediata de la presentación de este proyecto» (dando una posición de privilegio a las grandes potencias en el Tribunal de Justicia Arbitral que se proponía crear) «fué producir un gesto de protesta entre las pequeñas potencias, especialmente las latino-americanas. El Ministro del Exterior de Rio, a lo que parece, hizo circular por todas las capitales de América Latina la «cruz de fuego» con que en los Highlands se convocaba a las tribus para la guerra, acentuando el ultraje que aquella proposición infligía al principio de la igualdad de derechos de todos los Estados soberanos. La consecuencia fué recibir las delegaciones una por una, instrucciones para apoyar al Dr. Ruy Barbosa...» (WILLIAM STEAD, *Notas sobre la Conferencia de la Haya*).

las viejas virtudes de las respectivas estirpes. Porque si los peregrinos de la *Mayflower* trajeron con ellos y trasmitieron a sus descendientes una base moral más severa y un sentido más práctico de la vida, el viejo hogar latino cultivó en nuestras tierras, propicias a toda buena simiente, sus seculares tradiciones de hidalguía y de honor, de cortesía y de idealismo, de respeto a la fe prometida y a la palabra dada, que no pueden sinó ennoblecer y en cierto modo espiritualizar el sentido de la vida en nuestras sociedades contemporáneas, donde conceptos egoístas y sentimientos groseros tienden a un peligroso predominio. Podrá convenirnos, ciertamente, una gradual y recíproca asimilación de lo que las dos civilizaciones tienen de más útil y amable. Pero entre tanto, nos cumple mantener la herencia limpia y depurada, hasta en beneficio de la originalidad de la civilización continental, que tendrá un atractivo más en la diferenciación doméstica de los dos grandes grupos que politica y geográficamente la integran.

Así, todo cuanto queda dicho — y aún confirmado después del formidable drama de la guerra por la constante coincidencia de las ideas y el fuerte espíritu de apoyo mútuo que dió eficacia y prestigio a las delegaciones latino-americanas en la Conferencia de Versalles y en las dos internacionales del Trabajo — todo eso revela, en la identidad de miras cada vez más estrecha, la existencia de valores peculiares de nuestro patrimonio, de fuerzas y substancias espirituales de nuestros pueblos y de nuestra gente; y todo eso muestra la procedencia de ciertos entendidos que confieran a nuestro grupo étnico americano una personalidad moral colectiva, coherente y prestigiosa, ligada por vínculos de cooperación en el fomento de su progreso y de su cultura, y sujeta, por expresión de su voluntad soberana, a ciertos deberes políticos de conjunto.

Esos deberes politicos, donde dominan dos fundamentales, — uno por decirlo así, de carácter interno, destinado a conservar inalterada la paz por medio de un compromiso permanente de arbitraje, otro, de carácter externo, comprometiendo una reacción común en defensa de cualquiera de las naciones asociadas que

venga a sufrir una agresión, — están contenidos en el programa Brum. Apenas en lo que se refiere a la declaración de apoyo mútuo parece definirse, por las razones de familia ya demostradas, y por otras que fluyen de un atento exámen de la actualidad internacional, la conveniencia de que sea desdoblada en dos partes: la primera, comprometiéndose cada una de las naciones que integran el grupo latino-americano a prestarse mútuo apoyo contra cualquier agresión a su soberanía o sus derechos; la segunda (que puede ser correlativa y hecha en el mismo acto, y rubricada con la misma pluma sin dejar secar la tinta) comprometiéndose el grupo latino-americano *con carácter expreso de solidaridad continental y de reciprocidad a la Doctrina Monroe,* a apoyar colectivamente a la América del Norte, contra toda y cualquier agresión extra-continental.

El primer deber — de aceptar el compromiso de arbitraje general y sin limitaciones — quizá encuentre momentáneamente algunas dificultades por motivos notorios — pero debemos creer inminente la remoción del obstáculo más grave — el diferendo chileno-peruano — después del cual parece que ninguno de los pleitos o cuestiones que quedan aún por liquidar entre las naciones americanas impediría la rápida adopción de aquél principio vital por toda América. Al contrario: la negociación de un acuerdo semejante, destinado a garantir la concordia de la familia, sería una oportunidad excelente para que una mediación insospechable, fraternal y afectuosa, fuese ejercida ante todas las naciones que aún tuvieren cuestiones de cualquier naturaleza a liquidar, apelando a su espíritu americano y a sus anhelos de paz, y pidiéndoles que, si hallasen dificultades para un acuerdo directo, cordial y rápido, entreguen sus litigios a la solución arbitral, que es la que resguarda todas las responsabilidades, todas las susceptibilidades y todas las dignidades (*).

(*) Un punto fundamental debe ser incluído explicitamente en las bases del acuerdo latino-americano: es la delicada y grave cuestión del cobro de las deudas — cuestion que

IX.

REVISTA HOMÉRICA

El segundo deber no puede encontrar resistencias. El pueblo latino-americano que rehusase su firma a un acuerdo de esa naturaleza, renegaría su propia historia. Además, ya no se trata solo de declarar principios; se trata de adoptar previsiones que la guerra europea actualizó rudamente, abriéndonos los ojos sobre la

resuelta sin serias previsiones aceptadas por todos los pueblos, sería el talon de Aquiles de la Liga. Necesitamos afirmar la honestidad esencial de nuestras nacionalidades, y proceder por expontáneo imperio a declarar que no es ni será nunca nuestro propósito organizar la impunidad de la insolvencia voluntaria ni de la imprudencia notoria, que puedan injustamente herir los prestigios y el crédito moral y financiero de las naciones que cuidan con esmero su concepto y su responsabilidad. En ese sentido tenemos también normas ya trazadas y ya debatidas y aceptadas por el consenso de gran número de naciones europeas y americanas en la segunda Conferencia de la Haya; una propuesta americana estableciendo que « no será lícito a ninguna potencia emplear la fuerza para cobrar deudas de otro Estado sin que previamente fuese sometido el caso a juicio arbitral » tuvo la simpatía general y fué apoyada por Ruy Barbosa en un discurso definitivo. Sin atentar a la esencia de la Doctrina Drago, esa condición la aclara en sentido útil a nuestra moral y a nuestro crédito. El Presidente Brum, que pugnara como Canciller con pleno éxito para obtener de las potencias europeas, por medio de Tratados de Arbitraje, la definitiva abolición de prácticas arbitrarias y humillantes que tan dolorosos recuerdos del autoritarismo de la fuerza dejaron en el pasado sudamericano, no olvidó en las bases de su proyecto de Liga Americana, una previsión contra posibles reincidencias, estableciendo que « ningún asunto que según las leyes de un país, deba ser juzgado por sus propios jueces o tribunales, podrá ser substraído de su jurisdición natural por medio de reclamaciones diplomáticas, y estas solo serán admitidas cuando se trate de un caso de evidente denegación de justicia ». Fluye del texto de esta cláusula que la Liga se opondrá a la intromisión de la diplomacia cuando la juzgare fuera de razón. Pero no convendrá establecer el inmediato sometimiento del asunto al arbitraje, con plazo perentorio para el laudo, cuando se trate de deudas impagas? En todo caso es este un punto que debe quedar en claro en el pacto de familia, en resguardo de nuestra probidad y en medro de nuestro credito financiero y moral.

conveniencia de continuar creyendo plenamente en la fuerza del derecho, pero sin descuidar otros medios complementarios de garantir nuestro patrimonio y nuestro lugar al sol. Y que fuerza formidable, en su aparente desórden primitivo y bravío, puede ser, y sería, llegado el caso, nuestra fuerza, empleada en una odisea grandiosa de defensa solidaria! Que espectáculo espléndido el de toda una cohorte de naciones, dejando, como el umbro de la oda carducciana, el arado en el surco, el rebaño en el pasto, la herramienta en el taller, «la sposa a l'ara», y corriendo, entusiasta y unánime, bajo el impulso potente del «alma única» que Ruy Barbosa constató en las Américas, a defender nuestro derecho, nuestro honor, la soberanía en tierra americana de nuestra familia de pueblos, que recuerda una genealogía bíblica, engrandecida e iluminada por la luz del Derecho y de la Libertad! Que fuerza inmensa, infinita, sería la de toda esa masa combatiente de diez y ocho naciones que congregan cien millones de almas, mobilizándose al impulso de un solo movimiento incontrastable, a todo lo largo de nuestros mares, a todo lo profundo de nuestras florestas, en todas las crestas, de cuchillas, de morros, de cerros, de montañas, desde los risueños valles andinos y las pampas verdes del sud, y los chacos hirsutos y los frígidos planaltos, hasta las sabanas de Colombia, desde los glaciares de Magallanes y la taciturna estepa patagónica hasta las bocas del Orinoco, del Mar de las Antillas y el Golfo de Méjico al Atlántico Sud, del idílico delta del Plata al dramático estuario del Amazonas, donde, como el largo mugido de un Dragón custodio de Tesoros, atruena los ámbitos la formidable voz del Pororoca!...

Tal sería el espectáculo ejemplar y grandioso que nuestra familia americana sería capaz de dar al mundo. Pero digamos luego que tamaño esfuerzo no sería necesario sinó en caso de reproducirse una conflagración como la reciente de Europa, con resultados diferentes, esto es, que dejasen a alguna potencia o grupo de potencias, victoriosas y orientadas en el sentido de una expansión imperialista en nuestra América, como habría sido el caso de Alemania triunfante, según vehementes

comprobaciones, de las que basta recordar los famosos telegramas interceptados al conde Luxburg, ministro en Buenos Aires. En tal caso, la cuestion sería simplemente de vida o muerte. Pero no siendo el peligro de esa gigantesca magnitud, no sería nunca necesario a América ni siquiera tomar las armas para defender integralmente su soberanía y sus derechos: bastarían las medidas de represión y retraimiento indicadas por el Presidente Brum, entre las cuales resalta, por su formidable eficacia, nuestra condición de productores de alimentos y materias primas. « Cuando Estados Unidos dejó de exportar algodón se cerraron casi todas las fábricas de Manchester ». El día en que, para repeler cualquier injusto bloqueo en cualquier sector de cualquier mar americano, todos los algodones, las lanas, las pieles, las fibras, los cereales, las carnes, los azúcares, los cafés, los cacaos, los minerales, las potasas, los guanos, los salitres, las mil substancias vegetales que alimentan industrias, toda la múltiple producción de las tres zonas de nuestra América, se rehusase, de golpe, a embarcar para las fábricas y para el estómago universal, mucha carestía, mucho frío y mucha hambre había de sentir la Humanidad, y millones de obreros y campesinos, bruscamente privados de trabajo por falta de materias primas, o de cosechas por falta de la nutrición indispensable a sus tierras empobrecidas, serían en todo el mundo nuestros providenciales aliados! Estas claras verdades no están dichas aquí por vez primera. En 1908, el Baron de Rio Branco dijo a quién estas líneas escribe, las siguientes palabras, que publicadas en « El Diario » de Buenos Aires, tuvieron en la América Latina una profunda repercusión: « Nadie sueña entre nosotros en imponer tutorías, porque ante el Derecho todos somos iguales, y el Brasil profesa ese principio con tal convicción que, a pesar de nuestra notoria amistad con América del Norte y del sincero interés con que la cultivamos, no vacilamos un minuto en adoptar la actitud definida que es conocida en el reciente Congreso de la Haya, no aceptando, ni para el Brasil ni para nadie, que pueda haber naciones con más derecho y naciones con menos. . .

Tenemos que garantir nuestra herencia y asegurar nuestro común derecho a trabajar y a prosperar en paz... Para eso nuestras fuerzas deben y pueden ser eficaces; pero mientras no nos vincule un proposito coherente solo podrán serlo en grado precario... El día que no exista sinó un pensamiento y una acción en toda cuestion internacional que afecte al continente, entonces si, no habrá osadía capaz de imponernos un vejámen. Cuando ya no sea solo cuestión de ocupar un puerto, sino de bloquear medio continente sobre dos océanos, las cosas cambiarán substancialmente, no solo para la seguridad, sinó también para el prestigio y el concepto moral de nuestra América » (*).

X.

LUCES EN EL CAMINO

Defínese así claramente la índole y el alcance, moral y positivo, de los compromisos que nosotros, hijos de la estirpe latina y ciudadanos de América, tendríamos que asumir ante la conciencia del mundo, concretando nuestra libre voluntad, dentro del espíritu dinámico de la Doctrina Uruguaya — pero desenvolviendo la prestacion de auxilio mútuo en dos partes, o dos acuerdos sucesivos, donde los pueblos latino-americanos declaren, primero: su decisión de prestarse asistencia, en los términos de la fórmula Brum, reaccionando todos en favor de cualquiera de ellos que, en defensa de su soberanía o de sus derechos, fuese agredido por una potencia extraña — y segundo: que el grupo latino-americano declare que cualquier agresión extra-continental a los Estados Unidos del Norte será mirada — en la forma de la declaración de Monroe — « como la manifestación de una disposición hostil » en relación a todo el grupo latino-americano, y motivará de su parte una reacción uniforme — esto es: producirá automáticamente una alianza defensiva, de hecho y de derecho, entre los Estados Unidos del Norte y todas las naciones latino-americanas; debiéndose entonces

(*) « El Brasil », 1908, pags. 201 y 202.

coronar la expontánea entente con un compromiso expreso y permanente entre laz dos Grandes y Altas Partes, de Arbitraje General y Obligatorio.

Pero, se dirá, si la cohesión espiritual de América es un hecho revelado en múltiples formas, a lo largo de un siglo, para que sería necesario este explícito y solemne entendimiento? Si, en la expresion del Ministro Edwards, quién ose levantar la mano sobre cualquiera de nuestros pueblos «encendería la llama de nuestros patriotismo contienental», no estaría de hecho cumplida la secular aspiración?

No lo estaría. No lo estaría sino de un modo eventual y precario, y solo respondiendo, y eso genéricamente, sin garantías positivas de estabilidad, a una de las altas finalidades que la América Latina debe tener en vista, consagrando en un pacto explícito el dogma de su intangibilidad y de la intangibilidad continental, y comprometiendo en defensa de ese dogma su esfuerzo común, simultáneo y total.

La utilidad de una declaración conjunta no se discute. No es lo mismo un acuerdo virtual que un acuerdo formal; no puede tener el mismo valor ni producir los mismos efectos internos y exteriores, la *conjetura* que la *seguridad* de una acción colectiva. No existiendo un compromiso que ligue la fe y el honor de los Estados para determinada emergencia, la diplomacia que en eso tuviese interés, podría abrigar esperanzas de dividir el bloc, fomentar divergencias, obtener abstenciones. La solidaridad no puede ser una probabilidad, si ha de ser un valor politico cotizable. Debe ser una realidad organizada y notoria. Y sus finalidades deben ser igualmente declaradas, simple y altivamente, a la faz del mundo.

La primera finalidad, indicada por claras circunstancias, consiste en formar los latino-americanos en el continente, por aquellos medios, una entidad de armonía y de equilibrio, *no frente a la entidad anglo-americana, y mucho menos contra ella, sino para bien nuestro, para su bien y al lado de ella.*

Es saludable hablar con sinceridad y claridad, porque el momento no comporta eufemismos. La grande Union del Norte, de tiempo en tiempo, ha inquietado

seriamente a nuestro mundo latino, nervioso y susceptible, propenso quizá a atribuir a ciertos movimientos perentorios y gestos bruscos de los temperamentos sanguíneos una significacion excesiva. El hecho es que las aprensiones debian tener alguna base a juzgar por las austeras advertencias que motivaron, aún en el siglo pasado, apenas a treinta años de distancia del famoso Mensaje del Presidente Monroe. Hablando con su ruda franqueza en 1865 ante un auditorio de americanos, en la ilustre y puritana Rhode Island, el gran Sarmiento los advertía de las graves desconfianzas que en la América Latina, debido a ciertas interpretaciones arbitrarias, empezaba a despertar la Doctrina Monroe, que, dijo con su admirable eficiencia verbal, « comienza a ser más una niebla que una luz ». . . La razón del hecho era la eterna razón que explica la degeneración de las grandes religiones : « que hay siempre una secta que materializa las ideas morales y piensa que el Mesias prometido es un poderoso monarca que viene a someter el mundo al poder del pueblo elegido ». . . Afirmaba con claridad graves deturpaciones de la Doctrina : « El depositario olvidó por un instante las leyes sagradas del depósito, y la Doctrina Monroe perdió su santidad y dejó de ser una barrera, como hoy se pretendería pervertirla en amenaza » . . . Y concluía con un leal consejo admonitorio, previendo posibles veleidades imperialistas : « Estados Unidos necesita declarar que es el país que queda entre dos oceanos y dos tratados. Al día siguiente en que lo hagan, la Doctrina Monroe será aceptada por el derecho de gentes, cerrando así el rumbo por donde puede algún día entrar agua en la sentina de la magnifica nave. . . » « A ese precio la Doctrina Monroe será el ramo de olivo ofrecido al mundo ». Asi habló Sarmiento, uno de los más luminosos espíritus y de los más altos corazones que haya producido nuestra fértil América. Asi habló el Maestro puro y severo, a los ciudadanos de aquella nacion que el amaba, y de donde, en su puño potente de sembrador, trajera y arrojara, con impulsos titánicos, por toda su fecunda y vasta tierra, las simientes redentoras de la Escuela de Horacio Mann.

XI.

LA PIEDRA DE TOQUE

Casi setenta años pasaron. Muchas visiones sombrías dejaron en nuestra retina indelebles imágenes de sorpresa y espanto. Tuvo lugar la guerra de Estados Unidos con España, la compra de las Filipinas por el vencedor y la anexión de Puerto Rico. Pero se dió también el caso de Cuba ; y él domina con una poderosa sugestión el cuadro dramático de aquellos días y de aquellos sucesos, ansiosamente seguidos, con sentimientos contradictorios, por todos los pueblos iberoamericanos, en cuyo corazón se debatía el amor entrañable por la gloriosa madre España con los fraternales votos por la suerte de Cuba libre.

El caso de Cuba, que fuera considerado como un inquietante enigma, debe ser más bien tenido como una serena revelación. Inútil recordar que tanto en España como en nuestra América, existió siempre la creencia de que Estados Unidos, desde 1871, en que la « cuestión cubana » que surgiera veinte años antes, asumió un carácter agudo, premeditaba la anexión de Cuba. Razones estratégicas y razones higiénicas — ambas de seguridad nacional — razones morales, razones económicas, múltiples razones de vecindad — daban a nuestra creencia el cuño de una explicable fatalidad. Además, la propia Unión, que no acostumbra ocultar intenciones, había propuesto la compra de la isla a España, que ya en 1818, durante la primera Presidencia Monroe, le había vendido la Florida. Así, cuando — después de terriblemente sojuzgada por el puño de hierro de Weyler la revolución que tuvo su programa de lucha y de martirio en el verbo solar de Marti — Estados Unidos decidió intervenir por las armas en favor de Cuba, pocos optimistas en el mundo latino dudaron del resultado que tendría para la isla la terminación de la contienda.

Verdad es que la *Joint Resolution* del Congreso de Washington, en vísperas del conflicto, dijera al mundo cual era la voluntad de la nacion americana, trazara

su camino, declarara su finalidad: « Para reconocer la independencia del pueblo de Cuba, exigiendo que el Gobierno de España renuncie a su autoridad y gobierno en la isla de Cuba, y que retire de Cuba y de aguas cubanas sus fuerzas de mar y tierra; y ordenando al Presidente de Estados Unidos, que, para llevar a efecto estas resoluciones, haga uso de las fuerzas de mar y tierra de Estados Unidos ». Tal rezaba el epígrafe de la « Resolución Conjunta » del Senado y la Cámara de Washington, cuyo texto asentaba la decisión del Congreso americano en este zócalo de bronce: « CUBA ES, Y DE DERECHO DEBE SER, LIBRE E INDEPENDIENTE ». La fórmula, de puro y severo estilo puritano, como una paloma que tuviese alas de águila, voló instantánea a través de los horizontes, por sobre las multitudes de las vastas Américas, que la saludaron con emoción y maravilla. Nuestra sentimentalidad hidalga comprendía y admiraba aquel gesto. Pero la « Resolución » tuvo, treinta meses después, un apéndice. La nave del ideal recibió cierta carga de buen sentido. Bajo el magnífico velamen de la declaración inicial fué prudentemente embarcado el lastre de la enmienda Platt. Así la *Joint Declaration* que naciera inspirada en el idealismo de Don Quijote, acababa reposando en la prudencia cordata de Sancho. Y nuestra sentimentalidad — talvez fuese más exacto decir nuestra mentalidad — no comprendió aquellas restricciones que, a nuestros ojos, quizá excesivamente obsesionados por el miraje romántico, perjudicaban el magnífico gesto, extendiendo sobre la sinceridad americana la sombra de una duda. . .

La enmienda Platt surgió como una simple enmienda al Presupuesto de la Unión, en 1901, esto es, cuando la guerra ya había terminado, Estados Unidos había ocupado la isla, y con un trabajo tenaz y metódico la había preparado para las complejas funciones de una nación moderna. Constaba la enmienda de seis artículos, claros y simples, fundados en que: bajo el régimen colonial, Cuba no había podido aprender a gobernar su suerte; casi no tenía escuelas, no tenía higiene, no tenía órganos de administración; debía crear todo su mecanismo de gobierno y no poseía

ni experiencia ni clases preparadas sinó para guerrear. Abandonada a sí misma, antes de haber hecho ningún aprendizaje de gobierno, de administración, de politica electoral, en fin, de democracia, iba a caer en la anarquía de las revoluciones, a derrochar el dinero, a abusar de los empréstitos, a comprometer probablemente de nuevo, con imprudencias y concesiones, su independencia y quizá hasta la seguridad de Estados Unidos, que tendría ahi ante sus ojos un penoso espectáculo de incesantes revueltas y miserias, como único resultado visible de su obra. Era necesario prevenir tales contingencias para que el acto que se iba a realizar no fuese estéril. Y la enmienda prevenía con paternal franqueza, — incomprensible y hasta un poco escandalosa para nuestro culto del eufemismo — estableciendo que Cuba, una vez constituída, no podría firmar con ninguna potencia extranjera tratados que pudiesen menoscabar su independencia; debía consentir que Estados Unidos pudiese intervenir para mantener la independencia y el gobierno constituído; no debía contraer empréstitos sinó cuando sus rentas cubriesen sus propios gastos y dejasen un saldo bastante para el servicio de intereses y amortizaciones; en fin, además de otras cláusulas de previsión, establecía medidas especiales en relación a la salud e higiene públicas.

Tales las condiciones que el Gobierno de Estados Unidos sancionó e impuso a Cuba para reconocerle la independencia. Pero en todo caso, la cronología demuestra que fué con la bandera idealista y el gesto incondicional de la *Joint Declaration* que la gran Unión del Norte entró en la guerra, venció e hizo la paz — durante cuyas negociaciones ocurrió un episodio peligroso... Le fué ofrecida por los negociadores la transferencia de la soberanía de la isla de Cuba. Era una formidable tentación. Pero el Gobierno de Washington resistió serenamente, no aceptando ni haciendo sinó lo que ya había decidido hacer antes de entrar a la lucha. Su acción fué rectilínea. Firmó la paz, ocupó la isla y metódicamente, organizó en ella una nación moderna, con su capital desinfectada, higienizada, dotada de todos los mecanismos necesarios — administrativo,

económico, docente, higiénico, municipal, gubernamental y político — todo en tres años de trabajo, en que la ciencia, la energía, el método, la vigorosa capacidad de organización del pueblo americano se probaron de un modo admirable — bastando recordar que fué durante la ocupación de Cuba que el sabio cubano Finlay obtuvo crédito y medios, que el gobierno colonial no le diera, para descubrir y ofrecer al mundo el medio de libertarse del flagello de la fiebre amarilla. El interventor Wood acabó de preparar materialmente la nueva nación, presidió un comicio ejemplarmente libre para la elección del primer Presidente de la República Cubana, agarró su sombrero y se fué.

Tal fué el caso de Cuba. Con esa simplicidad de gestos la patria de Washington cumplió su palabra.

XII.

LA ZONA DE FUEGO

Pero la enmienda Platt queda ; y queda en ese noble activo politico y moral, como contradicción de aquella actitud limpia y austera, además del episodio cesáreo de Panamá, el peso muerto de Puerto Rico, que el gobierno de Estados Unidos incorporó a su territorio como botín de guerra. Es verdad. Son graves puntos de interrogación. Y yo, a pesar de profesar un convencido panamericanismo, no tengo el propósito de evangelizar ni de hacer pro Estados Unidos un alegato de abogado ingenuo : estoy tratando de poner en limpio puntos de vista, de juicio, de apoyo y de inducción del futuro, que vitalmente nos interesa apreciar en su justo valor.

Asi, en cuanto al origen de la enmienda Platt, pasa en juzgado que ella surgió de una sugestión del propio jefe de la ocupación, el honestísimo General Wood, que deseaba la independencia de Cuba y sinceramente la preparó ; pero que después de observar, en un año de residencia en la isla, el estado de las pasiones, la intolerancia de las facciones que surgían, la absoluta falta de práctica de administración y gobierno de la población nativa, pensó que sin una fuerza que la mode-

rase en los primeros tiempos, caería inmediatamente en la anarquía: y llevó esa impresión a Washington, motivando la presentación de la enmienda Platt. Tal es lo que parece cierto en relación al génesis de aquél famoso acto político, que tan desencontrados sentimientos despertó en América, siendo justo decir que en su inmensa mayoría le fueron adversos.

En cuanto a las previsiones contenidas en la enmienda, convertidas hoy en las cláusulas de un tratado, debe decirse, en honor de la verdad, que Cuba, en los veinte años que lleva de vida independiente, no las ha sentido sinó como una influencia moderadora y amiga, en dos ocasiones en que la revolución y la anarquía política amenazaron destruir el órden constituído y los frutos de la paz. Al terminar el primer gobierno, el ilustre Estrada Palma, a quién el interventor Wood dejara en la Presidencia, cedió a la tentación de continuar en el mando, e intentó imponer una reelección que no fué sancionada por el electorado. La revuelta explotó. Los Estados Unidos vinieron, apagaron el fuego, quedaron manteniendo el orden hasta que se hicieron nuevas elecciones; y se retiraron. Dos presidencias más tarde, el general Menocal pleitea la reelección y obtiene, a lo que parece, la mayoría. Mas por una razón o por otra, la revolución, esta vez fuerte de treinta mil hombres en armas, se encendió nuevamente. Era otra oportunidad para intervenir... Pero se diría que el agente moderador pensó que quizá ya no fuese necesario esta vez el hecho material de su presencia. Lansing se abstiene de ir a Cuba. Limítase a declarar al comité revolucionario que no sería reconocido ningún gobierno que surgiese de la revolución. La advertencia resulta suficiente. Y por segunda vez, la previsión de la enmienda Platt preserva a Cuba de la anarquía y la reencamina en la via institucional. Dase así el notable caso de que, en vez de aumentar, de acuerdo con las expectativas escépticas, la sombra inquietante de la intervención disminuye; en vez de pasar de las palabras a los hechos, como parece fatal en los temperamentos autoritarios y agresivos, la Unión retrocede de los hechos a las palabras. La sombra disminuye... Y el

altivo patriotismo cubano, de pura cepa ibérica como el nuestro, comienza a sentirse bien en su tierra, comienza a sentirla libre como la soñó y ardientemente la quiso en las gestas heróicas con que consagró historicamente su derecho a la libertad. Talvez el alma de Don Quijote no quedó enteramente satisfecha ; pero el alma de Sancho, llena de una plebeya y simple sabiduria, exultó ingenuamente, pareciendole que el rudo buen sentido de los anglo-americanos habia conseguido consorciar el idealismo heróico del hidalgo con el prudente realismo del escudero, — lo que, si resultase verdad plena y cumplida en el hecho y en el tiempo, llegaria a resumir toda la ciencia de la vida ! . . .

(Esperemos sin pusilánime desconfianza las sanciones probatorias del tiempo y de los hechos ; pero no sin hacer constar, en esta hora solemne y grave, para templar nuestra fé en las propias virtudes morales y viriles, que la obra de nuestra raza en América, a pesar de dolorosos errores iniciales y contemporáneos, ha sido profunda y buena, y sus resultados son irrevocables. En todos los pueblos americanos la fragua está ardiendo, y un patriotismo insomme forja, del alba al crepúsculo, la obra de arte, de dolor y experiencia, de su capacidad institucional, de su cultura y de su democracia. En esta ruda lidia por la perfección han templado todos su indomable voluntad de independencia, y hoy, lo hecho es hecho. Nuestra infancia está vivida. Aún los que en estos mismos días sufren mal de discordia y tiñen con sangre el verde de sus campos, son ya pueblos adultos, que dentro de su heredad y según sus medios y temperamento están ásperamente, están cruelmente, pero están — están inevitablemente ! — depurando su civilización. Tal es el sino. Todo crecimiento de pueblo ha tenido que ser crismado y fortalecido con sangre y lágrimas. No existe en nuestra civilización ni en ninguna otra, quién pueda tirarnos la primera piedra. Hay que pasar por esa prueba. No importa que algunos tropiecen y a veces desesperen, y lloren de dolor y alcen los puños. Padecer : ascender ! Aunque la cuesta es dura, no haya duda ni miedo : todos han de subir por su pié hasta la cumbre. Que importa que unos tar-

den mas que otros ? Tenemos por delante y por nuestros el Porvenir y el Tiempo ! Unidas las manos, arriba las almas, pueblos libres de América ! Tal debe ser nuestra fe de familia.)

El caso de Puerto Rico parece estar considerado por los americanos bajo un ángulo especial de psicología política. Afirmase que Roosevelt, en su intransigente concepto de la vida y en su culto de la acción y de la voluntad, mientras proclamaba y consagraba, como Presidente de la Unión, el derecho de Cuba a ser libre, declaraba que Puerto Rico no estaba en el mismo caso, porque nada había hecho para conquistar su independencia, dándose siempre bien con España — mientras que Cuba había sostenido para libertarse dos guerras largas y sangrientas. Pero lo que no hicieron los portorriqueños en la guerra se diría que pretenden hacerlo en la paz, pugnando por su independencia con una ardiente propaganda. Y parece evidente que Estados Unidos nada ha hecho para contrariar los sentimientos de los nativos, ni aún en la expresión mas visible y dinámica de la acción política — el comicio — porque actualmente la mayoría absoluta del Congreso de Puerto Rico, donde predominaba el partido de la autonomía de la isla, *es partidaria de la independencia total.* La lógica de los antecedentes parece llevar el ánimo, sin exagerado optimismo, a pensar que cuando Estados Unidos piense que Puerto Rico está maduro para la vida libre, le entregará, como a Cuba, las llaves de su destino.

Dejo ahi esas palabras como un voto y una clara esperanza. Los pueblos que gozan de buena salud moral deben ser cautos, pero no escépticos. Es asi que un sentimiento de serenidad surge para nosotros del caso de Cuba, que debemos considerar como una piedra de toque. Nadie en aquellas circunstancias hubiera podido obligar a los americanos a salir de la Habana. Nadie, o casi nadie, creía que salieran. Los obligó simplemente su propia decisión comunicada al mundo, el respecto de si mismos y el culto de la palabra empeñada. Me niego a considerar las hipótesis sutiles, que circularon en un tiempo, de que ellos hicieron eso « para

adormecer el recelo de las otras Américas ». Parece que eso sería llevar muy lejos nuestra perspicacia. La nación que procede como Estados Unidos procedió en Cuba, contrajo, antes que con nadie, consigo misma, compromisos definitivos, y tiene derecho a que sus palabras sean tomadas en un sentido real y literal. Tal es el caso de América Latina. Estados Unidos ha mandado a nuestros pueblos mensajes que ningún viento podrá llevar. En su nombre, Elihu Root nos dijo desde una alta tribuna de Rio Janeiro : « *No deseamos más victorias que las de la paz, ni más territorio que el nuestro* ». En su nombre, Henry White nos dijo desde una alta tribuna de Buenos Aires : « *La Doctrina Monroe está destinada a ser una ley general que consagre la libertad y la independencia de todas las naciones del continente* ». Grabemos en el mármol de nuestra fe americana esas palabras, que ningún viento podrá llevar!

XIII.

E PLURIBUS UNUM !

Podemos así concluir sin ingenuidad ni hipocresía, que Estados Unidos no es una nación imperialista. No es porque ella declaró solemnemente que no lo es — apesar de Puerto Rico, y — para no dejar sin examen esta otra objeción — apesar de aquél expediente ejecutivo con que « cansada de esperar que Colombia desatase el nudo del istmo, decidió cortarlo », pero aun en ese caso no yendo más allá de lo necesario para realizar sin más demoras una obra que, siendo de gran interés suyo, era de gran beneficio mundial, cicatrizando la herida territorial de Colombia con una compensación pecuniaria y razonables ventajas económicas, y dejando del otro lado del canal, donde podría haber olvidado algún destacamento, una nueva nación independiente, que tenemos el derecho de contar como nuestra. Todo esto ya está empezando a ser historia ; pero esa misma historia enseña que hay situaciones en que la presión de los intereses, las reacciones obscuras de las pasiones colectivas soplando en la dirección de la Necesidad, en fin, la fatalidad insidiosa de

las cosas, saliendo de su somnolencia a favor de una penumbra o de un eclipse cómplice, obra *per se*, con el frío automatismo de las fuerzas de la naturaleza, sin consulta y hasta a despecho de la voluntad de los hombres. Y ocurre entonces con esas energías en orgasmo, lo que con las mareas y las crecientes: inundan las tierras bajas del contorno, penetran en los campos abiertos, invaden las depresiones y los cauces vacíos, ocupan todos los vagos e indefensos dominios de la Imprevisión — pero respetan las cumbres, las tierras altas y aún las tierras bajas — aún aquellas tierras más bajas que el nivel del mar, pero donde la Previsión, como en los *polders* de la vieja Holanda, construyó a tiempo barreras protectoras entre ellas y las fuerzas oceánicas.

Los latinos de América no tenemos pues por que prevenirnos contra *intenciones* que el exámen leal de los hechos no muestra preexistentes. Nuestra previsión debe considerar serenamente contingencias más profundas y objetivos más altos. En la mecánica del Universo, los núcleos superiores, desenvolviendo una fuerza de atracción proporcional a su masa y a su densidad, incorporan — sin ninguna intención imperialista! — cuanto planeta secundario o asteroide vagabundo en el espacio acierta a incidir en el arco de su órbita. Para que el Nuevo Mundo pueda, en el pensamiento de Canning, equilibrar al antiguo, la constelación del Norte debe tener en nuestro hemisferio otra constelación equivalente. Contrapeso en la tierra, equilibrio en el cielo. La América Latina debe ser para la América Inglesa una igual, no una subalterna, una aliada respetada por ser respetable, no una clientela desvinculada y desvalida. Con ese designo trascendental es que debemos crear entre nosotros una entidad equivalente a la suya, para que las fuerzas de atracción se equilibren y nuestras eclípticas puedan desenvolverse en un paralelismo armonioso. A esa finalidad debemos conducir el vínculo de apoyo mútuo entre todos los Estados de nuestra raza, cuya población, en rápido progreso, es apenas inferior en ocho o diez millones a los ciento diez millones de la Union del Norte, y cuya

vastedad territorial vence tres veces sus nueve millones de kilómetros, poseyendo también como ella, pero en proporción mucho mayor, todos los climas y todas las producciones, todos los recursos para prosperar sobre las vastas tierras y todas las vías de expansión sobre los vastos océanos. Como ella, más ampliamente que ella, nosotros, reunidos, somos la síntesis del mundo. Después de esta prueba de nuestra unidad, de este acto de comunión de nuestra estirpe, podremos, entonces sí, estender a nuestra hermana del Norte las dos manos abiertas, empeñándole expontáneamente la reciprocidad del inestimable apoyo que ella nos dió, cuando intrépidamente estendió su éjida minervina sobre nuestro desamparo. En el año próximo — Diciembre de 1923 — la Doctrina Monroe pasará el umbral de su primer centuria. Espléndida ocasión para que la América Latina, reconocida y fraternal, promueva el Jubileo Secular de la gloriosa Doctrina, y ya instituido entre sus diez y ocho Estados el « Seguro Político Mútuo » ofrezca a la noble hermana primogénita una *póliza saldada*, saludando entonces el lema puritano como el Verbo Precursor y el Numen Propicio de nuestra Confederación Espiritual. *E pluribus unum!*

XIV.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Debemos preparar los nuevos tiempos. Con esta ampliación, que en vez de desvirtuar afirma y ratifica la fórmula Brum, y que ciertos sucesos de la postguerra sugieren con imperio, la Liga Americana será un hecho realizado en forma que las dos grandes familias étnico-políticas que entrarán a constituirla puedan desenvolver ampliamente y sin rozamientos, dentro del vasto sistema continental, las energías de su espíritu y los recursos de su genio. Afirmado el vínculo político — aunque sea simple y limitado a una función única, pero permanente — constituido nuestro frente único, los acuerdos especiales de todo órden serán más fáciles y frecuentes. La Liga creada en previsión de agresiones externas a la integridad o al

derecho de las patrias americanas, no será así mas que la modalidad previa, el estrato básico de una nueva y grandiosa formación histórica, llamada a ser el escenario de una floreciente, quizá de una definitiva civilización, fecundada por el amor y el esfuerzo fraternal de todas las razas reconciliadas. Quedará abierto y franco el camino de los entendidos colectivos para obrar en bloque en los Congresos internacionales, jurídicos, económicos o políticos, para mancomunar prospectivamente la acción en la Liga de las Naciones, en las Conferencias del Trabajo, o en cualquier otra organización o circunstancia en que vengan a ser afectados los intereses o los ideales profesados por la comunidad; intereses e ideales que estará ella obligada a mantener firmes y altos, para desempeñar la función que le compete en el nuevo equilibrio internacional.

Así prepararemos los nuevos tiempos; y podremos con serena confianza ofrecer a Europa la cooperación que ella no nos pidió, pero que le debemos, en filial correspondencia a lo que ella hizo por nuestra suerte, moviéndose en parte por su propio interés, pero en parte principal y eminente cumpliendo la gloriosa misión que le cupo, de integrar con su ciencia y su audacia el mundo físico y extender por toda su redondez el beneficio de la civilización. Porque solo una obliteración del recto sentido histórico y moral podría hacer pensar que el interés de América, que su Liga o consorcio para ciertas acciones de conjunto, políticas, financieras, económicas o jurídicas, en una palabra, que el panamericanismo organizado y actuante pueda ser divergente o asimétrico del interés de Europa, «cuya «sangre es nuestra sangre, cuyo espíritu nos anima y «de quién nos sentimos solidarios en la obra conjunta «de realizar el ideal greco-latino de la libertad. Nos «allegó la Europa el contingente de su experiencia, que «la América remoza con su entusiasmo lozano, con su «idealismo juvenil, con su desinterés fecundo de so«ciedad nueva, amplia en la vastedad de sus campos, «opulenta en la entraña de sus cordilleras, sonora en «el prodigio de sus florestas, potente en el caudal de «sus ríos, avasallante en la inquieta ambición de sus

« pioneers, ávidos de crear y producir la riqueza para « el mundo y para Europa, madre de las luces y conti- « nuadora de las venerables civilizaciones ». . . « Por- « que el Uruguay siempre ha sentido como propios los « dolores y los ensueños de América ; por la identidad « de nuestros problemas comunes, por la fraternidad « natural derivada del orígen, nuestro pais entiende que « los problemas de América interesan a todos los ciuda- « danos de la gran patria común, cuyos destinos mag- « nificos se pronunciaron con la intervención que le « ha cabido en la gran contienda, *en que ha unido a la « clara comprensión de su real interés, la fidelidad a « una tradición vital para su progreso y la gratitud sa- « grada hacia las patrias madres, de cuya cultura vivi- « mos, cuya estirpe continuamos.* Pequeño y vibrante, « el Uruguay palpita ante el triunfo de América con la « ágil frecuencia de un corazón. Su americanismo es « síntesis de amor ; nunca índice de recelo o sospecha ; « americanismo que se define diciendo que deseamos « para América no solo el predominio de superiores « principios jurídicos de equidad y arbitraje, sino la « realidad de un sentimiento concreto que permita ac- « ciones conjuntas, actitudes solidarias, declaraciones « uniformes ». (*) Esas palabras, pronunciadas desde una alta tribuna, dicen con el vigor con que yo los siento y con una elegancia que yo no podría darles, los sentimientos profesados y los deberes reconocidos de América entre sus componentes y del alma americana en relación a la Europa-madre ; sentimientos y deberes que es grato a mi espíritu poder afirmar y repetir, por voces que como la mía, pero mejor que la mía, traducen también el íntimo sentir y el alto pensar del pequeño y vibrante Uruguay — que en su afán de servir con lo más puro de su voluntad, en la causa latino-americana la causa de la latinidad, en la causa de la latinidad la causa de América, en la causa de Amé-

(*) JUAN ANTONIO BUERO, *El Uruguay en la Vida Internacional.* Discurso pronunciado como Ministro de Relaciones Exteriores en nombre del Gobierno uruguayo, ante los representantes de las naciones que constituyeron la Liga de Honor. Montevideo, 1918.

rica la causa de la Civilización, en la causa de la Civilización la causa de la Humanidad, palpita, generoso y ardiente, « con la ágil frecuencia de un corazón ».

XV.

LAS DOS LLAVES DE LA AMÉRICA LATINA

Concordados los principios sería llegada la hora propicia para metodizar los trabajos.

La cooperación financiera inter-americana comenzó a organizarse un año después del año inicial de la guerra, con el primer Congreso Financiero de Washington, en 1915, en que Mac Adoo, entonces Ministro del Tesoro de la Unión, trazó todo un programa de mútuo apoyo económico-financiero, declarando que eran llegados los días en que se imponía una mayor cooperación de órden material entre las naciones de América del Norte y las de América del Sud ; y anticipó la defensa moral de esta nueva política previniendo que no debía ser tachada de materialista, porque sin ella, sin la prosperidad que ella origina, « sería difícil fomentar altos ideales y conservar y ejercer una gran fuerza moral » (*). Verdad elemental y formidable, cuyo olvido, frecuente en nuestro temperamento soñador, inclinado a edificar un palacio en las nubes antes que una casita en el suburbio, suele determinar la forzada subserviencia de los individuos y la dependencia de hecho de las naciones pobres — faltos, unos y otras, de los medios materiales indispensables para que la virtud, como en la amarga frase de Shakespeare, no precise pedir venia al Soberano para ser altiva. De aquel primer Congreso Financiero surgieron dos hechos visibles : el establecimiento, en diversas de nuestras capitales, de bancos norteamericanos, caracterizados por una gran elasticidad y autonomia de movimientos, y por un espíritu intrépido en materia de cambios y liberal en materia de créditos y auxilios financieros ; y en la iniciación de no menos de ocho organizaciones anónimas de navegación mercante

(*) T. DE SOUZA LOBO, *O Programa de América*, « Gazeta de Noticias », 25 de enero de 1920.

inter-americana, que el Congreso Financiero declaró ser « de una necesidad vital e imperiosa ». Algunas operaciones de crédito con Estados de situación más conocidamente normal, abrieron también la marcha de la cooperación financiera — pero la era de los empréstitos sólo se inició francamente después del Segundo Congreso, en 1920, en que la alta banca del Norte pudo apreciar mejor las finanzas de nuestros Estados, con las informaciones directas de los Ministros de Hacienda, especialmente invitados a Washington. No es sin embargo éste, de los empréstitos fiscales sin un destino positivo y remunerador para los países que los contraen, el aspecto más útil que puede tener la ya iniciada cooperación inter-americana. El auxilio financiero de esa índole es el más fácil de dar, porque sólo exige el conocimiento de las finanzas del Estado que lo requiere; pero el auxilio económico-financiero, es decir, el empréstito a largo plazo destinado a financiar obras de utilidad permanente y de rendimientos capaces de atender a su propio costo — obras de aguas y cloacas en las ciudades, ferrocarriles, obras de irrigación en las comarcas agrícolas, de aprovechamiento de las fuerzas hidráulicas, de rectificación de rios navegables, de colonización sobre la base de hacer propietario al colono — ese auxilio precioso, que es el que más nos conviene y mejor servirá nuestro progreso material, ése es el más difícil, porque exige un conocimiento pormenorizado, territorial y económico, de las naciones clientes; y en ese punto Estados Unidos nos ignora tanto por lo menos como Europa. En el primer Congreso Financiero, además de las claras palabras de Mac Adoo, el delegado argentino Samuel Hale y el delegado brasilero Amaro Cavalcanti, de ilustre memoria, secundados con vigorosos conceptos por el colombiano Perez Triana, por el chileno Izquierdo y por el uruguayo Cosio, fijaron rumbos de precisión y de buen sentido a los trabajos preparatorios de la cooperación, diciendo el primero que el Congreso « debía encontrar la forma de restablecer el equilibrio económico de América por medio de métodos panamericanos y con recursos panamericanos », y el segundo haciendo resaltar la necesidad de que las na-

ciones panamericanas adquiriesen un mútuo conocimiento de su situación y posibilidades en materia comercial, industrial, bancaria y de transportes, como único medio de, garantiendo negocios seguros y honestas ventajas a productores y consumidores, basar un intercambio capaz de mantenerse y progresar. La provecta experiencia del viejo estadista ponía el dedo en la llaga; y podría haber agregado, con su gran autoridad, conocida y acatada en los medios intelectuales de Washington, que era igualmente indispensable y urgente estudiar nuestras recíprocas prácticas comerciales, nuestros hábitos en el trato de los negocios, para evitar sorpresas y desagrados sensibles. Actualmente existen en Estados Unidos doscientas universidades y setecientos sesenta y cinco colegios de enseñanza superior donde se estudia el español, que es, además, obligatorio en los colegios militares de West-Point y Annapolis (*). Hay motivos para creer que la previsión americana no olvidó incorporar también el portugués a su enseñanza, pues ampliando equitativamente una frase de Alberdi, puede decirse que *el español y el portugués son las dos llaves de la América Latina*; pero para que esa disciplina sea eficaz en sus efectos y las llaves linguísticas sirvan realmente para abrir las puertas de una confianza cordial, es indispensable que aquella enseñanza idiomática, cuando dada para fines comerciales y bancarios, sea completada con un breve curso de, diremos así, psicología comercial de los pueblos latino-americanos. El olvido de estas simples previsiones ha motivado ya grandes perjuicios y serios sinsabores, especialmente entre los exportadores de Estados Unidos y los importadores de las naciones del Sud, concurriendo fuertemente para la reducción de nuestras compras en 1921 (**). Precisamos observarnos más de cerca, sin

(*) Ver el excelente *Informe de los Delegados de Cuba, Drs. Carlos de Armenteros y F. Carreras Justiz, sobre la primera reunión de la Conferencia Internacional del Trabajo* (exposición sosteniendo el derecho de la lengua española a ser declarada tercera lengua oficial). Habana, 1921.

(**) Estas dificultades para una fácil y cordial relación comercial inter-americana han sido observadas repetidamente, y sería una puerilidad pretender ignorarlas; por el contrario,

alardes de superioridad inutilmente irritantes, sin *parti-pris* capaces de deformarnos la visión clara de las cosas, y sin presuponer que la cultura o las prácticas del vecino son inferiores a las propias por el hecho de que sean diferentes.

Tanto cuanto estas previsiones de psicología elemental, el examen de las posibilidades materiales de cada uno de nuestros países, es una necesidad apremiante. Uno de los breves estudios que van reunidos en el volumen II de « O Gigante Deitado », lleva estos conceptos que parece útil repetir hasta que queden en el oído y se infiltren en los programas de gobierno : « Hoy más que nunca se impone a los espíritus la opinión previsora de Say, que hace más de un siglo afirmó depender de la facilidad con que cada pais encuentre canales de

es saludable ponerlas en relieve, por lo mismo que precisamos suprimirlas, estableciendo entendidos estrechos y amigables que no se podrían suponer posibles a costa de la altivez o simplemente de la susceptibilidad y de las justificadas exigencias de una de las partes. Precisamente hace poco tiempo, en una sesión del Comité Central de las Industrias de Bélgica, donde, con la intervención activa y dirigente del Ministro Jaspar, fué decidido enviar a la América Latina una importante Misión Industrial y Comercial belga que circula en estos momentos por las naciones del Nuevo Mundo, se hicieron con referencia a las relaciones comerciales interamericanas, apreciaciones que, aunque excesivas en la indicación de las causas, son reales en la apreciación de los hechos resultantes, y muestran como aquellas dificultades ya han sido observadas por los paises competidores, y son consideradas como los puntos débiles — los sectores de ataque — en el frente panamericano : « *Avant la guerre,* dijo Mr. George Rouma, — cuya solida competencia y vasta información sobre los negocios de América Latina motivó y decidió la Misión, de que él es Presidente, — *les Etats-Unis occupaient une place très modeste dans le commerce des républiques latines. Pendant la guerre, l'Angleterre a soutenu son pavillon, mais la place laissée vide par la France, l'Italie, la Belgique et surtout l'Allemagne, a été prise par les Etats-Unis, qui ont fait un effort vraiment considérable et qui presque partout occupent en ce moment la première place : au Vénézuéla, ils accaparent* 70 % *des importations ; à Cuba,* 60 % *; au Chili,* 48 %. *Or malgré l'appoint de leurs banques puissantes, de leur prodigieuse réclame, les Etats-Unis ont contre eux leurs allures de conquérants, et ce qui est plus important, leurs prix, en général, plus chers que les notres, et leur marchandise moins bonne* ». El

drenaje naturales para su producción la prosperidad económica del género humano. Procuremos ver claramente nuestros intereses: América contiene todo: *pero no contiene todo en todas partes.* Por el contrario: nuestro mal es nuestra deficientísima vida de relación comercial y económica, que condena a cada uno de nuestros pueblos a padecer de inanición, como el viejo Rey Midas encerrado en su caverna con sus inútiles tesoros. Padecemos simultáneamente la hartura indigesta de nuestra producción y el hambre de la producción de los vecinos. Antes de la guerra el salitre de Chile llegaba más barato a Hamburgo que a Pernambuco, y el azúcar refinado de las Islas Mauricio se vendía en Montevideo por menos precio que el «cristal» de las usinas de Campos. Nadie podía en el Rio de la Plata pen-

orador hallaba la razón de esa inferioridad relativa «*dans la rareté de la main-d'œuvre qualifiée, provenant elle-même de l'instabilité professionnelle; il n'y a aux Etats-Unis que* 3 % *des enfants quittant l'école primaire qui entreprennent sérieusement l'apprentissage d'un métier et qui restent dans le même emploi pendant au moins deux ans*». Por su vez el Presidente del Comité, Mr. M. J. Carlier, dijo: «*J'ai été l'année dernière à Washington, et je me suis rendu à plusieurs répriseses dans l'Amérique du Sud; j'ai vu avec quelle tenacité et avec quelle volonté les américains du Nord cherchaient à s'emparer de ce marché; mais j'ai pu également constater combien leur façon de faire, si autoritaire, si dédaigneuse, froissait les Sud-Américains*». Como ya queda dicho, hay en estos conceptos exageraciones de expresión y de causas; pero en cuanto a la situación de las cosas, hay un fondo de exactitud imposible de negar y que conviene sea meditado y tenido en cuenta por la sinceridad de las dos partes. Tal es, naturalmente, el motivo de esta transcripción: el deseo sincero de que la cultura, la probidad esencial y la maravillosa capacidad de adaptación del pueblo americano, se hagan sentir especialmente en nuestras relaciones comerciales, que sin eso nunca conseguirán una situación estable en los mercados latino-americanos. Para los espíritus sanos la verdad es siempre preferible a las situaciones ambiguas. Queremos ser buenos clientes y buenos amigos, pero solo podremos serlo en condiciones de mútua estimación, que respeten nuestros hábitos, tradicionalmente comedidos, escrupulosos y honestos en materia de tratos y negocios — hábitos que nuestros acreedores presuntivos no pueden dejar de hallar inapreciables, pues son la mejor garantía de sus intereses; y antes que desconocerlos les conviene considerarlos.

sar en el carbon brasilero, porque con dos mil calorías menos costaba 40 % más que el Cardiff. Cuando fuí por primera vez a Minas Geraes procuré informarme solve posibles ventas de hierro dulce de la Usina Esperanza para nuestras industrias del hierro : quedaba en Montevideo 70 % más cara que la fundición de Pensilvania. Todo lo que contribuya a remediar estos absurdos y a hacer del intercambio continental una función normal orgánica, contínua y progresiva, responderá a un profundo interés americano cuyo fomento es un honesto deber de todos. Es extraordinario ver la desesperación con que nuestros gobiernos americanos procuran encontrar nuevos mercados para su producción, en Europa, en Asia, en los más remotos rincones del planeta, sin recordar siquiera la posibilidad de ensachar el consumo recíproco en los propios mercados continentales ». Se propone para llegar a ese fin un Congreso Económico-Comercial sudamericano ; pero nada se opone a que sea panamericano, ya que al reconocimiento e inventario estadístico de nuestras mercaderías de intercambio, va ligado el problema supremo de los transportes, sin cuya solución los planes más sabios e ingeniosos serán rúbricas en el agua.

XVI.

HORIZONTES ECONOMICOS

Así, en nuestro prospecto de cooperación continental, paralelo, por lo menos, al programa político de que ya tratamos, y al financiero que empieza a ser puesto en acción, falta un programa económico-comercial estudiado en sus puntos básicos y en sus problemas concomitantes — estadística de existencias de cada mercadería en cada pais o en cada sector comercial, aumentos posibles de producción, precios locales, distancias de los mercados, crédito comercial y bancario, fletes, medios actuales y posibilidades de transporte. Este último es el problema visceral — y atendiendo a la inmensidad de los intereses que afecta, puede decirse sin exageración que ya dió el panamericanismo pasos aún más firmes, más largos y audaces que en los propios Congresos Fi-

nancieros de 1915 y 1920, en aquella Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington en 1889, donde fué adoptada la decisión memorable de estudiar la practicabilidad de una gigantesca línea ferroviaria, que bajo el nombre de « Intercontinental » debía unir, corriendo de clima en clima por el interior de las tres Américas, las capitales y los intereses económicos de diez y seis naciones, desde Montreal en el remoto Canadá, hasta el delta del Plata. Aquella idea poderosa apasionó a los pueblos, y tuvo la virtud de despertar otra complementaria y no menos grandiosa : la de una vía interoceánica, ligando el Atlántico, en Recife, al Pacifico, en Valparaiso. « Estas dos vastas líneas » — escribía en un estudio notable uno de los espíritus más clarovidentes de la época (*) — « van a ligar entre sí los principales centros de población y de producción continental : la *linea interoceánica* en su trazado directo Recife-Buenos Aires-Valparaiso, por medio de bifurcaciones ya existentes, comunicará con las ciudades de Bahia, Rio de Janeiro, San Paulo, Santos, Curityba, Porto Alegre, Asunción, Montevideo, Santiago ; y la *linea intercontinental*, por ferrocarriles ya construídos que en ella vendrán a conjugarse, ligará Montreal, New York, Washington, Filadelfia, Brooklin, Chicago, Boston, St. Louis, Baltimore, Cincinnati, S. Francisco, Nueva Orleans y Méjico, interesará a su paso a todas las naciones de la América Central, desde Guatemala hasta Costa Rica, y en la América del Sud, por su tronco principal y ramales, ligará Bogotá, Caracas, Quito, Lima y Sucre, alcanzando con sus bifurcaciones terminales Rio de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires ». Con tan altos y nobles prestigios se presentaba la doble idea civilizadora, imponente y grandiosa. Las dos gigantescas lineas, una en el rumbo Norte-Sud y la otra en el rumbo Este-Oeste, se cruzarían en cierta altura de Bolivia, impeliendo titánicamente el tráfico continental hacia los cuatro rumbos cardinales, y por los mil ramales conectados a las grandes aortas troncales

(*) JUAN JOSE CASTRO, *Estudio sobre los Ferrocarriles Sud-Americanos y las grandes líneas internacionales* (Montevideo, 1893).

como venas de un vasto sistema circulatorio, distribuyendo materias primas y manufacturas a todas las usinas, las ciudades, los mercados, los puertos de las grandes cuencas fluviales y oceánicas, comprendidas en quince millones de millas de territorios fértiles, habitadas por setenta millones de almas de la mejor población de las tres Américas.

XVII.

EL AMPLEXO DE ACERO

Ese programa, cuyas inmensas proyecciones parece inútil ponderar, tuvo vigorosos comienzos de realización integral e inmediata. En la línea intercontinental pusieron el pecho los americanos del Norte — principales interesados — procediendo con su habitual energía. La obra, a lo que parece, va muy adelantada, — pero no consta si en los trabajos habrá sido bastante consultado en las Américas Central y del Sud el interés local y el interés general de las zonas atravesadas por la gran arteria. No hàbrá faltado una provechosa asistencia de nuestra parte ? Los americanos la pidieron y la tuvieron para los estudios preliminares del trazado general y para los empalmes de la nueva línea con los sistemas ya existentes o en obra. Pero después, no parece haber acompañado los trabajos una cooperación nuestra, que mucho podría haber influido en el mejor entendimiento de nuestros intereses y conveniencias, dando quizá también más unidad a la línea Panamericana. En todo caso, ella avanza hacia su terminación — y aunque nos falten datos precisos de las últimas conexiones hechas, y del estado actual de las obras complementarias, parece verificado que ya están prontos para entrar en servicio más o menos 11.000 de los 14.000 kilómetros de la extensión total de las lineas y de sus principales conexiones con las capitales que debe servir, y de las cuales la del Paraguay, la del Brasil y las dos del Plata, parecen virtualmente excluídas, dado que el mayor recorrido de la linea en la América Meridional, según los datos conocidos, será por la vertiente Occidental de los Andes. Hemos perdido la partida ?

No totalmente, desde que Chile y el Perú ganan con aquél trazado. Para nosotros, en la vertiente del Plata, puede ser simplemente una partida aplazada. Nuestra solución está talvez en que el Intercontinental, a cierta altura, bifurque su trazado, manteniendo el brazo que ahora extiende por la vertiente andina del Pacifico, y extendiendo otro — para el que ya existe mucha obra hecha — por la vertiente atlántica hasta la boca del Plata : incorporando así directamente el Brasil, Bolivia, el Paraguay, la Argentina y el Uruguay, a la inmensa red interamericana.

La línea interoceánica que integraba la doble y grandiosa concepción inicial, está, sinó fracasada, abandonada en lo que hace a su trazado primitivo, que es el de mayor interés continental (*) y en ese punto cabe una afectuosa recriminación a los gobiernos brasileros de 1892 en adelante, que descuidaron aquella empresa trascendental. El Brasil era el más vitalmente interesado en la ejecución de esa línea, y consciente de ello, autorizó, el 17 de setiembre de 1891, la construcción de las obras que debían integrar en su territorio la vasta arteria y que, según el programa adoptado, partiendo de Recife y siguiendo por el valle del San Francisco, ligaría por las vías de Araxá y Catalão con la futura Capital Federal, cortaría transversalmente los sistemas ferroviarios de Minas Geraes, San Paulo, Pa-

(*) Estudios posteriores parecen hacer indicado como preferible una variante que, en vez de llevar la línea de Recife a Valparaiso atravesando el Brasil de arriba abajo por sus regiones más ricas y prósperas, la llevaría mucho más arriba, al puerto de Arica. Esta solución acortaría mucho el trazado, pero reduciría enormemente la importancia de la línea, pues además de atravesar un sector menor del Brasil y por territorios despoblados, dejaría fuera de la influencia de la línea al Paraguay y a las naciones del Plata, interesando también mucho menos a Chile. En todo caso, la via Recife-Arica puede ser *otra via*, pero nunca puede excluir la Recife-Valparaiso. Aunque estas referencias tienen un propósito principal de actualizar estas grandes cuestiones, de reactivar esas vastas posibilidades de América, no puedo dejar de afirmar el error que sería eliminar del sistema interoceánico ganglios tan esenciales como Montevideo y Buenos Aires. Estos problemas deben ser resueltos con la necesaria superioridad política y técnica, y con la clara noción de su grandeza. En aque-

raná y Rio Grande, aprovechando sus trechos convenientes; y alcanzaría en San Luis la frontera con el Uruguay. Por su vez el Uruguay no demoró en hacer frente a la parte que le cabía, concediendo, aún antes que el Brasil — por Ley de 5 de Setiembre de 1889 — la construcción de la linea de San Luis a Colonia, donde los trenes interoceánicos procedentes de Recife debían atravesar el Plata en ferry-boats, llegar a Buenos Aires y de allí, ya sin solución de continuidad, seguir por Mendoza através de la Cordillera, a Valparaiso y Santiago.

El extraordinario valor comercial y económico de esta linea para América en general y para el Brasil en particular, la inmensa función politica y civilizadora que está llamada a desempeñar, no dejó en aquél tiempo ni podría dejar hoy ninguna duda. La unión de los dos grandes océanos era una aspiración de los estadistas latino-americanos desde mediados del siglo pasado, sintetizándose en el ataque al formidable obstáculo principal — la cordillera andina — después de abatido el cual, nada podía impedir la realización de la grande obra. En 1868 la Legislatura de Buenos Aires mandó estudiar un ferrocarril trasandino, y el estadista argentino Rawson, que con Rivadavia, Alberdi, Sarmiento y Mitre figura entre los más altos videntes del porvenir americano, escribió al ingeniero y diputado Agote, promotor de la lei, una carta notable, donde

llas extensiones inmensas hay campo para muchas esferas de influencia económica. La Argentina y Chile lo vieron tan claramente apenas abrieron el túnel de Mendoza, que están tratando de perforar la Cordillera por otras cuatro partes, a comenzar por el Neuquen, al Sud, yendo a salir a los territorios carboníferos de Chile y abriéndoles una vía de exportación de su carbon para el Plata, y terminando allá arriba, por la vía, también ya en obra, de Huaitiquina, en Salta, que va a dar salida al Norte argentino por Antofagasta; y estudian todavía los trazados del Paso San Francisco y de Tinguirica. También el Ecuador construye una línea férrea desde Puerto Bolívar en el Pacífico a Rio Santiago, afluente del Marañon, que por aquella altura ecuatorial abrirá otra comunicación entre los dos océanos. Todo eso se hará y será bueno; pero nada de eso puede excluir el trazado eminente, que será siempre Recife-Valparaiso, la verdadera gran vía interoceánica, que ofrecerá aún el camino más corto entre Europa y el Pacífico.

esbozaba el cuadro de los trascendentales beneficios americanos y mundiales derivados de la ligación de los dos océanos por una altura del Continente que evitase los inmensos rodeos impuestos por las vias entonces practicables al tráfico internacional. Después de mostrar con su sobria elocuencia las ventajas político-económicas que tal obra tendría para las naciones del Plata y del Pacífico, asi apreciaba Rawson sus vastas consecuencias en la economía mundial: « en relación al « comercio universal y a esos mundos nuevos que sur- « gen en los mares del Sul con los nombres de Australia « y Nueva Zelandia, esa vía interocéanica ha de ser sin « disputa el camino más eficaz para su gigantesco desen- « volvimiento, preferible mil veces a todas las vías « existentes, a la vuelta del Cabo, al istmo de Panamá, « al Canal de Suez y hasta al atrevido Ferro Carril « Central de Estados Unidos, que partiendo del Atlán- « tico y recorriendo 3.000 millas, llegará a fines de este « año a San Francisco de California ». Comentando esta carta escribía el ingeniero Castro en el estudio ya citado: « Si tan inmensos horizontes entreveía Rawson « para la línea que debía unir Valparaiso a Buenos Ai- « res, cuales no deben ser los de esa misma linea pro- « longada hasta Pernambuco através del Uruguay y « del Brasil? La imaginación más potente no llegaría a « abarcar la transformación del destino económico « de estos países, una vez puesto su interior, opulento « en los más variados productos de la fauna, de la flora, « y de la minería, en contacto diario con los grandes « mercados del universo. La línea Valparaiso-Buenos « Aires servirá intereses del Pacífico y del Plata; pero « la linea Valparaiso-Buenos Aires-Pernambuco, ver- « dadera linea interoceánica, sin perjuicio para esos « intereses, servirá también los más vastos de la mayoría « de las naciones sudamericanas. Recorrerá 6.500 « kilómetros por territorios fértiles, poniendo en rela- « ción continua 31.000.000 de almas (hoy son más de « 60) de los paises interesados en su construcción. La « linea hasta Buenos Aires abrevia las comunicaciones « del Pacifico con el Plata y Europa, pero no resuelve « el problema de la comunicación rápida del Plata y

« del interior del Brasil con los otros Estados de Amé-
« rica, con el continente europeo y con la Gran Bretaña,
« solución de la más alta trascendencia, que vendrá
« con la linea Recife-Valparaiso ».

Estas reminiscencias tienen principalmente un propósito de evocación. Tienen el propósito de actualizar una obra que se anunció quizá prematuramente, pero que hoy está madura y se presenta impuesta como objetivo de primera línea en un plan racional de cooperación financiera panamericana. Faltaron seguramente capitales en aquél tiempo y la presión de los intereses económicos, mucho más reducidos que hoy, no era aun bastante fuerte para mover la indecisión de los gobiernos, que por regla general prefieren resolver cuestiones de utilidad inmediata y que puedan dejar en su período algún resultado visible. Hoy no puede faltar la fuerza financiera necesaria para llevar a buen fin aquella obra trascendental. El Brasil tiene ahi uno de los empeños en que más gloria y honroso provecho pueda simultaneamente y con un esfurzo único conquistar en nuestros días una nación americana; y no parece dudoso que una iniciativa suya en tal sentido seria vigorosamente secundada por todas las naciones intéresadas en la noble empresa.

XVIII.

LA UNIDAD DE LOS DESTINOS

El vuelo de las ideas, ni retardado ni desviado de su rumbo expontáneo, regresa naturalmente al punto de partida de la obra donde está contenida una parte de mi labor de publicista durante doce años de grata residencia bajo el cielo claro y sereno donde la constelación de la Cruz del Sud abre sus brazos tutelares. Espero que esta breve excursión por la historia de tiempos vividos y por la que con pulso nervioso y trama desigual están tejiendo los rudos tejedores de las horas presentes, ho haya sido perdida. Ignoro si ya fué hecho, por palabra más docta que la mía, este exámen panorámico de la armonía en que, observados de un punto de vista elevado y con un amplio concepto de relación, se

vienen desenvolviendo y entrelazándose al mismo tiempo, los intereses raciales, los intereses politicos y, aunque todavía sin plan y en formas rudimentarias, los intereses económicos de las dos grandes familias étnicas que comparten la soberanía del continente americano. Si este exámen de síntesis aun no está hecho, esta podría ser su primera palabra; si ya está hecho, esta será simplemente una palabra más, que, como la hoja de rosa del apólogo, podrá caer dentro del vaso lleno sin hacerlo desbordar.

Regresamos así al Brasil, después de haber atravesado mares y montañas, capitales y congresos, campos de batalla y zonas de lucha económica; pero es curioso observar como, una vez impostado el criterio en una altura dominante del panorama americano, es casi imposible desvincular totalmente los intereses del Brasil de los que afectan a los otros países continentales — pues además de la ya demostrada y notoria interdependencia de nuestra vida económica y de la analogía de nuestros problemas, el Brasil ocupa una situación tan singular en el continente, por su extensión, por su posición geográfica y por su configuración territorial, que a pesar de tener cuatro mil millas de su límite periférico sobre el océano, aún le queda perímetro para estar vinculado por fronteras terrestres o fluviales con otras nueve patrias americanas. Percíbese así la imposibilidad de aislar la observación, apenas el observador alzándose por sobre los intereses locales y transitorios, plana, aunque sea por un momento, a la altura de los fenómenos generales y de los intereses permanentes. Así, entre los problemas enormes del Brasil cuyas soluciones se presentan a su esfuerzo y a su genio como otras tantas incógnitas en la ecuación formidable de su destino, se destaca de manera eminente el problema perenne de las comunicaciones dentro del propio territorio, cuya inmensidad — duplicada por la topografía, donde la planicie entra en pequeña proporción, mientras el morro, pintoresco y fértil, se opone insidiosamente al fácil avance de la corriente humana — se presenta al estadista brasilero como la primer dificultad para la instalación de su pueblo en su opulenta

heredad territorial. Múltiple, vario, infinito, ese problema que abarca la tierra, el mar, los ríos y ya empieza a penetrar en la jurisdicción de los aires y de los cielos, es quizá el único que nunca podrá ser resuelto hasta el fin, porque cada expansión del trabajo, de cualquier naturaleza, hacia cualquier rumbo, comporta fatalmente una comunicación, una expansión correlativa de los medios de transporte. Sin embargo, el Brasil viene arrostrándolo con impulsos titánicos, donde es inevitable que haya faltado un plan de conjunto, pero donde no faltó nunca una noción de grandeza y una preocupación intensa del futuro, ya revelada en la ley que hace más de ochenta años creó el Ferrocarril Central del Brasil, en limites y con recursos modestísimos, no obstante lo que, con una presciencia que entonces habrá parecido ingénua y que era simplemente genial, disponía prolongamientos que debían demandar las lejanas fronteras de la nación por tres rumbos, siendo uno de ellos el remoto Belém del Pará! Pues bien: no es dificil ver como y cuanto ese problema de las comunicaciones brasileras que parece esencialmente nacional, interesa y afecta, por todas sus rutas terrestres y marítimas, a todos sus vecinos de frontera y aún de continente.

XIX.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

En las vías del mar, por ejemplo, el Brasil, con su Lloyd, sirve, además de su vastísimo cabotaje, el tráfico Rio de la Plata-Amazonas, interesando a la Argentina, el Uruguay, el Paraguay y Bolivia, que en los barcos brasileros de la línea Corumbá-Montevideo encuentra algún alivio para el asfixiado tráfico de su rica región oriental. Aún en el mar, el Brasil sirve un itinerario inter-americano que, por motivos que fluyen de la lectura de estas páginas, puede ser de una gran transecendencia político-económica, además de un factor de prestigio moral para las naciones latinas, dentro del consorcio panamericano. No sé si esa línea, que era al principio Santos-Rio-New York, continúa en tráfico

desde Montevideo, como en mi tiempo de Ministro en Rio obtuvo el gobierno uruguayo fácilmente que fuese hecho, del sincero y cordial sentimiento americanista del gobierno brasilero; pero en todo caso, creo que podría ser examinada con provecho la exequibilidad de una entente de trafico marítimo interamericano, que sobre la base del Lloyd Brasilero, y quizá homologando o consorciando algunos de los grandes y excelentes transportes uruguayos que hacen el tráfico mercante, sirviese, con tarifas especiales, el comercio platense-brasilero con América del Norte, pudiendo gradualmente extenderse hasta las repúblicas del Pacífico. Ese servicio sería precioso como acto politico y como hecho económico, actuando como elemento regulador del trafico y previniendo la natural propensión al abuso tarifario que amenazaría el intercambio entre las Américas, si el tráfico quedase entregado a una sola bandera. Una línea Callao-Valparaiso-Punta Arenas-Buenos Aires-Montevideo-Rio Grande-Santos-Rio de Janeiro-Bahia-Recife-New York, con un derivado mensual a Cuba, Nueva Orleans, Veracruz y Maracaibo, sería para el comercio del Perú, Chile, Argentina, Paraguay, Bolivia, Uruguay, Brasil, Cuba, Mexico, Venezuela, un poderoso auxiliar y un eficaz regulador de itinerarios y tarifas (*). El Lloyd Brasilero tiene ya capacidad técnica y medios materiales para poder hacer frente con éxito a un servicio de tan clara utilidad continental, que financieramente tendría su futuro garantido por las preferencias del tráfico y por las exenciones y privilegios que los barcos gozarian en los puertos de las naciones a tal fin entendidas.

En las vias terrestres, el interés del Brasil no tiene menos puntos de correspondencia con intereses internacionales más o menos extensos. Ya se ha visto el papel principal que le debía caber en la ejecución de las dos grandes líneas continentales, la Panamericana y la Interoceánica, especialmente en esta última, como con patriótico celo lo ha indicado y reclamado más

(*) Otra variante podría seguir de Cuba por Panamá y bajar hasta Mollendo, ligándose así por un trafico regular toda la América Latina.

de un publicista brasilero. Pero su esfuerzo expansivo ya caminó valientemente hacia otros rumbos; ya llevó los rieles por diversos sectores a las fronteras argentina y uruguaya, moviendo por esas vias gran parte de su comercio platense y de ultramar; ejecutó con ingente sacrificio, pero en leal cumplimiento del Tratado de Petrópolis que liquidó la espinosa cuestión del Acre, la dificil linea Madeira-Mamoré, de lento pero de seguro y grande beneficio para tres naciones limítrofes; construyó, através de las feraces campañas pastoriles de la Vaccaria y de los anegadizos del Pantanal matto-grossense, la larga linea del Noroeste, que salvando el Paranapanema y la Sierra de Bodoquena llega a Puerto Esperanza en el Alto Paraguay, de donde va ahora a extenderse fraternalmente por Corumbá, como un cabo de salvación, hasta Santa Cruz de la Sierra, para que Bolivia, realizando su justa aspiración de tener un puerto directo de salida al océano, disponga para su tráfico, como si fuesen proprios, de los puertos de Santos y Rio de Janeiro, cuya menor distancia de Europa, la compensará ampliamente de su eliminación del Pácifico; finalmente, completando este noble acto de auxilio a Bolivia con otro inspirado en la misma solidaridad afectiva, acaba de decidir el Brasil, como ya fué recordado, la construcción de una linea especialmente destinada a que el tráfico de pasajeros y cargas urgentes del Paraguay para ultramar pueda cortar, con una secante a San Francisco o Santos, la enorme hipotenusa territorial que hoy le impone la necesidad de salir a los puertos del Plata.

En las vias fluviales, «esos caminos que andan», aún está por comenzar, con el caracter programático que debe tener, el vasto trabajo del Brasil. Razonable parece, naturalmente, que ponga primeramente su esfuerzo en desobstruir y mejorar cursos de agua que, como el San Francisco y el Parnahyba, van a abrir a la colonización, territorios tan fuertemente indicados para ese destino como los de las cuencas media y superior de estos grandes rios, y que acuerde con los otros paises ribereños la apertura a la navegación del alto y medio Uruguay, problema importantísimo que hace

ya setenta años que aguarda solución ; pero otros cometidos aún más trascendentales están imponiéndose al Brasil, de enorme utilidad suya y continental, en cuya ejecución no tardará ciertamente en poner sus aún casi intactas energías, llamando a concurso las cooperaciones que sean necesarias. La potamografía brasilera, que contiene, además del padre de los ríos, algunos de los cursos de agua más largos y caudalosos del planeta, guarda el secreto de uno de los mayores recursos de que nuestro progreso podrá disponer para su expansión en el interior del continente, con medios propios, aprovechados a favor de la providencial disposición propicia de la naturaleza. En efecto : apenas se mira el mapa del Brasil, llama la atención aquella poderosa red de ríos, que, en un encadenamiento serpentino, partiendo de la gran aorta troncal del Amazonas, descienden como en deliberada busca de los rios que originan el Plata. La idea de reunir estas dos gigantescas cuencas trabajó más de una vez, desde largo tiempo atrás, la imaginación de los más selectos pensadores americanos. Previendo los resultados económicos de la guerra del Paraguay, decía Sarmiento en 1865 : « El Rio Paraguay quedará abierto al comercio y a la « civilización del mundo ; ricos dones de la zona tórrida « bajarán por aquellos rios majestuosos a juntarse en « las bocas del Plata, y el futuro verá realizada la idea « de canalizar el terreno que divide el Paraguay, afluente « del Plata, del Madeira, afluente del Amazonas, que « está por la naturaleza ligado al Orinoco ; presentando « así al mundo atónito el último de los mundos en re- « serva para la expansión de la Humanidad, con una « navegación fluvial de mil doscientos rios tributarios, « atravesando el valle del Amazonas que es por sí solo « un mundo, y descargando sus aguas y su tráfico en « el Mar Caribe por el Norte, en el Amazonas por el « Naciente, o en el Rio de la Plata por el Sud ». Sarmiento ignoraba entonces que el sueño gigantesco era más realizable de lo que permitían suponer los mapas de su tiempo, donde invariablemente una imponente cordillera — creada por una errónea hipótesis del baron de Schewege — aparecía dividiendo de Naciente a Poniente

las cuencas del Plata y del Amazonas. Pero Hartt, Leverger, Chandless, y todos los geógrafos que reconocieron aquella región después de Schewege, eliminaron la « sierra mítica », desvanecieron el fantasma del obstáculo ingente, comprobando el aserto de D'Orbigny, de que « los últimos afluentes del Amazonas se confun- « den de tal modo con los primeros afluentes del Plata, « que se puede, en tiempo de lluvia, pasar pequeñas « barcas de una a otra vertiente ; y *un canal de* 4.800 « *metros cavado en un charco, bastaría para completar* « *un canal natural que atravesaría todo el centro de la* « *América del Sud* ».

XX.

ANUNCIACIONES

Imposible escapar a la fascinación que fluye de esas extraordinarias palabras. No habrá llegado, por ventura para el mundo, la hora de la Encarnación de ese Verbo ? Y a quién más que al Brasil puede corresponder la gloria de poner el primero las manos y el alma en esa empresa estupenda ? De la guerra europea nos viene la saludable sugestión de, en lo posible, beber en nuestro vaso, crear medios propios de expansión, de vida y de seguridad, substraídos por la naturaleza a los peligros que pueden venir de fuera. Si un bloqueo marítimo nos obstruyese los caminos del mar, estaríamos tranquilos teniendo expeditos desde ocho grados al Norte de la línea ecuatorial hasta el grado 35 de latitud Sud, los anchos y seguros caminos de las grandes aguas continentales, por donde todas las naciones, desde Venezuela — y aquellas tres lindas hermanas que le están vecinas y que tarde o temprano entrarán en la familia — y Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, Paraguay, Argentina, Uruguay y naturalmente Brasil, podrían operar vastas concentraciones de todo órden, sobre todos los sectores de ese mundo interior, intangible contra cualquier poder y enteramente señor de sus movimientos y de su indestructible vitalidad. Pero, sin necesidad de pensar en contingencias sombrías — que prodigiosa civilización, nunca vista en la Historia después de aquella remotísima que los prolíficos agri-

cultores Caldeos fundaron entre el Tigris y el Eufrates, podría florecer en esas apacibles e infinitas Mesopotamias, gozandó de todas las ventajas de la fácil comunicación con los océanos, y defendidas por desmesurados baluartes territoriales contra los peligros que comporta la vecindad del mar!

Veo desde aquí mucho espirito ligero sonreir, y mucho escéptico sacudir la cabeza. No importa. Inmensas como son, fantásticas como parecen, todas estas cosas se nos aproximan a grandes pasos. La imaginación realizadora que es la que crea las obras útiles en la tierra y los mundos en el espacio, va a llenarse de estas grandes obsesiones. Es lo que quieren los hombres de fé, que esperan y no dudan: crear la ansiedad de las Anunciaciones, la inquietud preanunciadora de formidables Realidades que se ponen en marcha. La guerra mundial, que fué una inaudita realización destructiva, dió a la humanidad una nueva noción de su poder, mucho mayor de la que tenía antes del cataclismo. Lo que el cerebro, el músculo, el coraje y el genio de los hombres creó e hizo en esos cuatro años apocalípticos, habría en otros tiempos llenado una centuria. Adquirimos una nueva medida del potencial humano. Tengan esto presente los hombres de Estado y los responsables de los destinos del mundo. El tiempo se contrajo ante el nuevo ritmo de nuestra marcha. Las obras fantásticas de ayer deben ser las obras comunes de hoy, o sinó el hombre probaría esta miseria: que solo para el Mal se engrandece! No puede ser verdad. «El Mal existirá siempre en la Tierra pero hoy más que nunca, los pueblos de América brillan por sus virtudes!». Estendamos la noble afirmación a toda la estirpe humana, cuyo destino, si no mereciese esta absolución, sería un sarcasmo siniestro!

XXI.

LA FUERZA Y EL HOMBRE.

Figuran entre otros muchos problemas importantes para el Brasil que, como los ya indicados en esta referencia, interesan igualmente a otros Estados con-

tinentales, los del carbón y el hierro, dos problemas estrechamente afines, a los cuales ya está siendo dada solución por empresas y gobiernos brasileros, pero a cuyo respecto sería un ideal grato a los vecinos no habilitados por la naturaleza con esos vitales recursos industriales, que no fuese canalizada la exportación, por las empresas que la están preparando, en forma que nos dejase en desventaja como clientes, especialmente en relación al acero y al hierro. La Itabira Iron Co. por ejemplo, que va a constituir una organización poderosa, llevará razonablemente de preferencia su producción a la América del Norte, donde tiene sus raíces financieras ; y las otras organizaciones francesas e inglesas que están instalándose en los teritorios ferríferos del Brasil, van a seguir, también, con seguridad, la misma política de acaparamiento de esas preciosas materias primas que aquellas naciones hacen hoy en Europa, en Asia y en los Balcanes. Pero no es dudoso que la previsión de los estadistas brasileros, que ya se hizo sentir en las modificaciones hechas al contrato del grupo Farquar por el gobierno del Presidente Pessoa y en las patrióticas resistencias del Presidente de Minas, Arthur Bernardes, a comprometer el grandioso futuro siderúrgico de su Estado y del Brasil por contratos que hoy parecen generosos pero que mañana resultarían el plato de lentejas de Esaú, nos dejan la confianza de que nuestros ferrocarriles, nuestros puentes, nuestras construcciones urbanas, nuestra maquinaria agrícola, mecánica e industrial, todo el vasto utillaje del trabajo y del progreso moderno que tiene por base principal el acero y el hierro, tendrá una fuente fácil y conveniente de provisión en el Brasil inmediato y amigo.

El problema de la inmigración y de la colonización, siendo eminente para el Brasil, que puede contener en su territorio, solo con una densidad demográfica análoga a la de Portugal, cuatrocientos millones de almas, es también un problema esencial para todos nosotros, pues continúa siendo un dogma que en nuestra América « gobernar es poblar ». Pero ya poseemos experiencias que no podríamos olvidar, y que nos

aconsejan no perder tiempo, pero no tener tampoco una prisa excesiva en la incorporación de nuevos elementos étnicos a nuestras poblaciones. Ya sabemos que, como lo expresó Lucio V. Lopez en un agudo concepto, « ni el elemento nuevo es bueno por « ser nuevo, ni el número es la fuerza, ni el montón « humano constituye el progreso ». Hoy podemos ver nuestro interés fundamental más claramente de lo que lo podía percibir en el pasado la patriótica e ingénua precipitación de nuestros gobiernos, que en la impaciencia de engrandecer rápidamente las patrias recien-nacidas, dejaban volcarse sin precaución, en la tierra desprevenida, aldeas enteras de inadaptables, sin contar los elementos tarados y los « mariages pour l'exportation », que en ciertas épocas, felizmente ya distantes, en vez de beneficiarnos, contribuyeron a aumentar la población de hospicios, hospitales y presidios. Conducida por su libre voluntad, por su pie aventurero, por varoniles ambiciones, por ansias de pan o libertad, vino a nuestros países mucha gente buena y sana, que hizo su fortuna y cooperó a la nuestra, y a quién debemos y dedicamos un fraternal cariño ; pero con las levas subsidiadas, con las masas artificialmente movidas por empresarios de exportación humana, ha venido generalmente una proporción excesiva de escorias. Así, parece una verdad general para todos que la inmigración debe ser expontánea, debe venir a su costa y riesgo, y entrar con los dos pies y con toda el alma en las nuevas patrias. Las masas eventuales, las bandadas de golondrinas, pueden servir necesidades del momento, pueden tener cierta utilidad económica, pero no tienen ninguna utilidad sociológica. Y aún después que dejan de venir, como ocurrió durante la guerra, especialmente en el Rio de la Plata, se comprueba con admiración que no eran indispensables, que el trabajo tropezó, vaciló, entró en crisis, evolucionó, pero no se detuvo, y que nuestros países pueden ya, utilizando sus propios elementos, realizar un trabajo de menor superficie, pero de mayor profundidad, suprimiendo el drenaje de fuertes sumas

que se iban, y que quedan ahora en manos de los trabajadores nacionales o radicados en el país.

El Brasil, además del problema general de su colonización, tiene el ingente fenómeno agrícola-industrial de su cosecha cafetera, que, enormemente desenvuelta como está, exige un número de brazos desproporcionado con las posibilidades demográficas de la nación. Para atender a esa fuerte exigencia regional — que complica el problema nacional, prudentemente progresivo, de la población — la diplomacia brasilera ha hecho, con innegable habilidad, especialmente con relación a la emigración italiana, cuanto era discretamente posible hacer, dentro del concepto de circunstancias que Italia actualmente profesa en ese asunto — concepto que en este momento, por un motivo comprensible, debo abstenerme de juzgar. En todo caso, cumple esperar los resultados de esta nueva modalidad aplicada al fenómeno migratorio; pero sin olvidar dos cosas que son esenciales para tener una idea clara del problema en su vasta perspectiva, que la necesidad, en el Brasil de grandes levas de trabajadores, es regional y no nacional, lo que quizá facilita una posible solución, aunque sea parcial, con elementos del propio país debidamente mobilizados; y que, en el resto de la nación, o sea en la mayoría de los Estados, desde Rio Grande del Sud hasta Pará, y en los propios Estados de San Paulo y Minas, en las regiones no cafeteras, el problema es del todo diverso, exigiendo, más que cantidad de brazos adventicios, calidad selecta de elementos francamente pobladores, dispuestos a integrarse, sin condiciones ni reservas, en el activo demográfico, y por sus hijos, en el activo étnico de la nación. El emigrante precioso para todos nosotros es aquél que llega, aunque sea sin un vintén, pero con buena salud corporal y moral, decidido y optimista, dispuesto a conformarse a las modalidades del nuevo ambiente, que no es de regalo sinó de acción viril, a luchar y a vencer con sus puños y su hombría, no precisando ni acordándose de otro amparo que el de las leyes del país de su elección.

XXII.

RESERVAS OLVIDADAS

En caso de necesidad de fuertes contingentes de brazos en cierta época del año, — fuera de las medidas y convenios especiales que puedan parecer convenientes para atraer trabajadores del exterior — no sería de mal consejo para el Brasil pensar seriamente en resolver la dificultad con sus recursos propios, hasta que la inmigración, mejor informada de sus reales conveniencias, venga como debe venir. Sin pretender que los casos sean exactamente iguales, puede ser útil recordar, por analogías de ambientes, que en la Argentina, dos zafras que requieren tantos brazos como la del azúcar en Tucumán y la del vino en las provincias de Cuyo (Mendoza y San Juan) son hechas por peonadas nacionales, que en las épocas convenientes son contratadas por empresarios, bajo el control de las autoridades, en las provincias de San Luis, La Rioja, Catamarca, norte de Córdoba, Santiago del Estero, Salta y Jujuy — las provincias menos ricas del Centro y del Norte del país. Esas peonadas, que viajan formando grandes caravanas y campamentos, trabajan los meses de la vendimia en Cuyo, o los de la zafra azucarera en Tucumán, y regresan en grandes cabalgatas a sus provincias, cuya economía recibe con regocijo aquella periódica irrigación de los sabrosos salarios cobrados por sus contingentes de trabajadores.

También así al paso, en el mismo órden de ideas, recuerdo otro hecho que no deja de ser expresivo: en una excursión por los lejanos territorios del Norte argentino, allá por el año de 1903, después de algunos dias de viaje a caballo através de vastas campañas desiertas, fui a encontrar en la región vecina al Rio Bermejo, en los fértiles contrafuertes de la Sierra de Calilegua, los poderosos ingenios azucareros de Leach y de Ovejero, que hacían sus zafras con indiadas de los Chacos argentino y boliviano — los Tobas, de aventajada estatura y hábitos belicosos,

habitantes del Alto Pilcomayo, los Matacos, de obtuso intelecto y pequeños de cuerpo, pero animosos en el trabajo, y los Chiriguanos, los más civilizados de las tres « naciones », hombres de carácter manso y mujeres aseadas y agradables. Tribus enteras, alojadas en rancherías de paja hechas expresamente (y que son quemadas todos los años después que los indios se van), acampaban al rededor de los ingenios, trabajando con excelente disciplina, ya en el corte de la caña, ya en el acarreo, ya en el servicio interno de las enormes usinas, donde durante toda la zafra el trabajo no para un minuto ni de día ni de noche, y donde las peonadas trabajan bajo el comando de capataces y jefes de máquinas casi invariablemente nacionales. Aquellas tribus son contratadas allá en sus reductos de las florestas chaqueñas, por contratadores que hacen de intermediarios entre los dueños de los Ingenios y los Caciques. Discutidas las condiciones en torno del fuego del Consejo, acordadas las remuneraciones y cerrados los tratos (en que los indios tienen plena confianza, por que, por el propio interés, los contratadores y los dueños de los Ingenios ponen siempre el mayor escrúpulo en cumplir cuanto fué prometido) las tribus emprenden el camino a pié, con mujeres, niños, perros, algunos caballos, cuanto poseen. Tardan dos o tres meses en llegar de los distantes Chacos a Salta y Jujuy. Trabajan allí otros tres meses, y regresan a sus tolderías cargados de objetos, utensilios y telas, que por regla general prefieren al dinero para recibir el importe de sus salarios. Llegué al ingenio « Ledesma » una semana antes de acabar la zafra, y me quedé allí hasta el fin, como huésped del Doctor David Ovejero, propietario principal de la usina. Presencié así, sin más propósito que el de una natural curiosidad, el trabajo de los indios, sus comidas en ranchos, su vida en los caseríos de paja, sus fiestas de los domingos, y finalmente el término de la zafra, celebrado con bailes, cantos y simulacros guerreros, el pago general y la partida de regreso para el misterioso Chaco. Había, entre hombres y mujeres, cerca de

dos mil, sin contar los niños. En otros años había habido hasta tres mil. Solo se permitía bebida los domingos, y recuerdo que había en el Ingenio unos veinte soldados, un sargento y un oficial de policia, por toda custodia. Y puedo decir que nunca vi en lugares civilizados, un trabajo de multitudes obreras tan tranquilo, hecho de tan buena voluntad, ni gente tan satisfecha volviendo a su hogar. Aquel trabajo tan ordenado, tan fácilmente sistematizado, sin conflictos ni huelgas, era el simple resultado del tratamiento humano y justo, y del contrato respetado y cumplido honestamente.

XXIII.

« GENTE BUENO, INDIO CONTENTO »

De que regresaban satisfechos tuve un insospechable y original testimonio, que en esta fácil evocación de sensaciones pretéritas me es agradable recordar. El día en que fué licenciada la tribu de los indios Tobas, qua partió de madrugada, me despedí yo también. Después de algunas horas de trote los alcancé poco antes de atravesar uno de los afluentes del Rio Bermejo, creo que el San Francisco. Me adelanté, atraído por el espectáculo, y detuve el caballo en la márgen opuesta, en lo alto de una barranca, para ver a la indiada atravesar el río, que aunque muy ancho, llevaba poco caudal, llegando apenas a la rodilla. Eran unos quinientos, hermosos tipos, fuertes, de anchas espaldas, y venian en cierta formación, los hombres delante, precedidos por el Cacique, pintarrajeados y armados como para una expedición de guerra, llevando solo el arco y las flechas ; las mujeres en el centro, conduciendo el botín del trabajo, con un paso tardo de animales cargueros ; detrás, muchachos y viejos arreando un par des docenas de carneros y cabras — y circulando por los flancos, de orejas hirtas, husmeando el posible peligro, unos veinte perros de monte, flacos y vigilantes. El Cacique marchaba al frente, altivo y digno ; en la cabeza, en vez del cocar de los otros, una galerita con una pluma de gallo — sobre el cuerpo la indumentaria elementa.

de la floresta — e iba tocando con gravedad una especie de flautita de marinero — una pequeña marimba — con la cual incansablemente hacia escalas, para arriba y para abajo. Así atravesó el rio, tropezando y casi cayendo tres o cuatro veces, pero sin perder su compostura ni sacar el instrumento de la boca. Pasaba a mi lado sin mirarme ; pero cuando le dirigí la palabra se detuvo con cierta cortesía altanera. Procuré perdirle impresiones, conversar, pero poco me entendía ; hasta que percibió que le preguntaba algo de los patrones y del trabajo. Entonces respondió, perentorio y lacónico : «Gente bueno ; indio contento ». Hizo un gesto de comando a su tribu sin volver la cabeza y retomó la marcha, tocando serenamente su pequeña marimba.

Ya conté en un libro algunas de estas cosas con más pormenor, especialmente las zafras de Tucumán y Mendoza, hechas por las excelentes peonadas nativas (*); pero la simple mención basta para hacer reflexionar en la forma en que, tanto las gigantescas bodegas cuyanas cuanto los poderosos ingenios tucumanos y jujeños (y posteriormente las usinas de arroz y de algodón y los obrajes de los territorios argentinos del Chaco y Formosa) atienden a las grandes exigencias de brazos de sus zafras y cosechas con operarios nacionales, y, como se vió, hasta con el concurso, que más nacional no puede ser, de las tribus chaqueñas. No podría el Brasil resolver de modo semejante, por lo menos en gran parte, y con gran provecho para su economía y para su gente nativa, el problema de su cosecha cafetera, con una bien estudiada y bien preparada mobilización de contingentes formados principalmente con los fuertes y frugales trabajadores del Ceará y de los vecinos Estados del Noroeste ? Es probable que el Estado Mayor del Ejército, que tiene necesariamente organizados en todos los Estados sus servicios de mobilización, pudiese prestar a aquél fin un concurso precioso, como lo hace el nuestro, en el Uruguay, para auxiliar en la lucha contra la langosta durante las grandes invasiones, donde el Ejército coopera eficazmente con la Defensa Agrí-

(*) « *La Nación en Marcha* » (Buenos Aires, 1904).

cola. Y no sería interesante una opinión del General Rondon sobre la posibilidad de que los selvícolas del Oeste paulista o del vecino Matto-Grosso, diesen a la cosecha cafetera la cooperación que las tribus chaqueñas dan a los Ingenios de Salta, Jujuy y Formosa? No hay — dice el viejo Michelet con la penetración de su glorioso altruismo — no hay aptitud inútil ni fuerza perdida en el seno de la Naturaleza! »

XXIV.

LA TAYLORIZACIÓN DEL BRAZO NACIONAL

En todo caso, la cuestión de los indígenas es una cuestión lateral y accesoria, de poca importancia material. La cuestión superior es esta: sacar de las poblaciones nativas el mayor resultado posible que, en relación al Brasil, falta mucho para ser alcanzado, como lo demuestra un simple cotejo estadístico del capital demográfico de los principales países de la América del Sud y de los intereses que cada uno de ellos obtiene de ese capital en forma de riqueza producida y aprovechada en su comercio exterior. El propio Brasil hizo la mejor demostración de que sus fuerzas no están más que parcialmente empleadas, cuando, durante la guerra, el gobierno del patriota Presidente Braz hizo un llamado a las energías de la Nación. La producción surgió, saltó, triplicó, *precisamente cuando paraba la inmigración y muchos trabajadores extranjeros partían para la guerra.* Riquezas nuevas surgieron. La estadística de la exportación, que solo registraba en sus resúmenes mensuales ocho principales artículos, pasó a registrar arriba de treinta. Tal es la experiencia de una intensificación de las fuerzas de la nación laboriosa, improvisada, y naturalmente, sin la coherencia ni la profundidad necesaria. Si se admitiera la hipótesis de que el Brasil pudiese quedar durante veinte años con la misma población que hoy tiene, podría dar al fin de ese tiempo tres o cuatro veces mas de lo que actualmente da, sin necesidad sinó de preparar, coordenar, disciplinar mejor sus propias fuerzas demográficas,

consagrando al nativo un interés más prospectivo y más profundo. En ese sentido registra alguna página de « O Gigante Deitado » una tendencia puesta en acción en Minas Geraes por la administración Bernardes. Aquél mismo espíritu generalizado a toda la nación — como desde la Presidencia de la Unión brasilera, para donde acaba de ser llamado por el voto de sus conciudadanos, podrá obtener que sea hecho quién ya lo inició con brillo en su Estado — dará un resultado que sorprenderá a sus propios evangelizadores, por muy optimistas que sean. Solo con duplicar la capacidad productora de la nación, que en el caso del Brasil es cosa más fácil y rápida de lo que puede parecer, los treinta y seis millones de brasileros pasan a ser económicamente setenta y dos millones, con la circunstancia de que aumentan su producto en esa proporción, pero no su gasto. Duplican la exportación, la riqueza creada, pero poco aumentan la importación porque los consumidores son los mismos. La escuela prácticamente orientada ; la enseñanza profesional y técnica intensificada tenazmente ; la enseñanza agro-pecuaria ambulante energicamente difundida por todas las comarcas y por todas las formas como el medio seguro de — enseñando directamente al trabajador — aumentar *sur place* la condición productiva del trabajo ; la transformacion sistemática de los huérfanos, de los campesinos pobres, de los asalariados nacionales, en colonos, en agricultores propietarios ; la mobilización metódica de los trabajadores siguiendo la rotación de las culturas regionales para que el brazo nacional produzca un cuociente mayor que el mínimo que hoy produce ; la ejecución vigorosa y sistemática de la ley de profilaxia y saneamiento del país, para que el habitante de las regiones flageladas, redimido y curado de endemias deprimientes, readquiera y utilice su iniciativa emprendedora y el gusto por el trabajo que tiene cuando está en buena salud — esas y otras medidas — algunas de ellas ya puestas en obra — coordenadas en un programa y ejecutadas con tenacidad, harán en dos generaciones el sencillo milagro.

XXV.

NACIONALISMO POBLADOR

Tal es, sin duda alguna, la forma más inteligente, más útil y más alta que puede el nacionalismo asumir en nuestra América. Sin perjuicio de que los inmigrantes que quieran colaborar en nuestra obra para su y nuestro provecho, sean siempre bienvenidos y encuentren nuestras puertas y nuestros brazos abiertos; y hasta debemos pensar en preparar las cosas y las leyes para que ellos encuentren, no con preferencia, como hasta ahora, pero sí a la par de los nativos, lo que no consiguieron en su patria: el ideal de la tierra propia, que debemos poner a su alcance, en formas accesibles, tanto a los que tengan haberes cuanto a los que solo posean la ambición de hacer su camino, constancia y buena voluntad. Es este un problema trascendental para todos nosotros, cuya solución contiene el secreto de nuestra prosperidad pacifica. En el Uruguay, que ha solido ser uno de los campos de experimentación del progreso sudamericano, tiene el Congreso en estudio una idea, articulada en un proyecto de ley por el diputado (actualmente miembro del Consejo Nacional de Administración) Sr. Julio Maria Sosa, que en su mecanismo simple contiene quizá la solución ideal, por lo menos para los paises que aún disponen de tierras extensas a precios accesibles. Explicóla su propio autor hablando a un periodista de Rio Janeiro (*), en términos que me brindan la manera de coronar estas reflexiones con una palabra de vibración y autoridad. Después de haber expresado cómo el Uruguay, bajo la orientación politico-social de Batlle y del partido gobernante, llegó a ser precursor en América de las ocho horas, de la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, de la semana inglesa, de la «ley de la silla», del divorcio, de las pensiones a la vejez, del derecho absoluto de huelga, del salario mínimo para los trabajadores rurales, de la nacionalización de los servicios de interés pú-

(*) Ver «Jornal do Comercio» de Rio de Janeiro de 4 de agosto de 1920.

blico, de la distribución de utilidades de las empresas del Estado entre obreros y empleados, de la jubilación de empleados particulares, de ferrocarriles, comercio, bancos, industrias, de las pensiones a los niños desamparados, de la alimentación de los obreros sin trabajo por cuenta del Estado, etc., respondió el legislador uruguayo a una pregunta respecto de las ideas dominantes en el Uruguay en materia de organización del trabajo agrario, con este resúmen intenso y claro, que en su concisión contiene un programa completo, con principios, medios y fines, y que irá bien aqui porque armoniza con la orientación idealista y con el cordial sentimiento que inspira estas páginas: «El ideal se-«ría que la tierra no perteneciese a nadie. Debería «ser un patrimonio común porque es un bien que a «nadie se debe; pero, estando las cosas como están «organizadas, la propiedad es, sin duda, un gran ele-«mento de bienestar colectivo y de defensa social. To-«do el mundo aspira a tener un pedazo de tierra o un «techo propio; y esta aspiración es tan fuerte y tenaz «en el hombre culto como en el más humilde trabajador «de los campos. Procuramos entonces orientar nues-«tra legislación en ese sentido: y con tal fin presenté «a la Cámara, con el diputado Tabarez, un proyecto «por el cual se adquirirán como ensayo cinco mil «hectáreas de tierra en cada uno de nuestros diez y «nueve departamentos, para entregarlas en propiedad «a agricultores, después de quince años de trabajo, «mediante un módico arrendamiento, *siempre que su «acción productora llene determinadas condiciones que «el Estado fijará*. La principal ventaja que espero «de esta fórmula, es vincular el labrador a la tierra, «que por ser suya, lo estimulará fuertemente a reali-«zar un trabajo más perfecto, más regular, y en con-«secuencia más remunerador para él y para la sociedad. «Pasará así el trabajador agrario, como el obrero ur-«bano que se hace propietario, a ser un elements de órden «y de paz, siendo al mismo tiempo factor de bienestar «económico y social. Desgraciadamente, nuestros es-«casos recursos financieros y los altos precios ya al-«canzados en nuestro país por la tierra, no nos per-

« miten ir a ese desideratum de la transformación « del labrador en propietario sinó por pequeñas jornadas. « Pero el Brasil, con esa fórmula ú otra análoga que mejor « responda a sus peculiares conveniencias, qué obra « gigantesca de pacificación social y de prosperidad po- « dría hacer en poco años, con formidables recursos « financieros aún no empleados, con inmensidad de « tierras óptimas en el Sud, en el Centro, en el Noroeste, « a precios todavía ínfimos, y con gobiernos dotados de « facultades legales y de capacidad para las más vas- « tas e intrépidas realizaciones ! ».

El pensamiento contenido en esa fórmula no puede dejar de despertar vivo interés y simpatía. Tendrá o nó la suerte de ser el molde final de la idea que cristaliza en el hecho dinámico, pero en todo caso, imprime una orientación nueva al estudio del problema, porque sin contener el régimen odiosamente limitativo de la venta, excluye la forma inmoral de la cesión graciosa, creando una modalidad intermedia, por la cual el agricultor *paga* la tierra, pero paga con un valor que él posee en potencia — con el primer valor que el Creador del mundo bíblico puso en circulación — el sudor de la frente — valor que él convierte en trabajo productivo y va entregando anualmente, como si fuesen cuotas en especie, no al Tesoro del Estado sinó al acerbo de la economía nacional. El Brasil, la Argentina, el Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Colombia, Méjico, todos los países aún ricos en extensiones fiscales o facilmente expropiables por motivos de utilidad pública, podrán reducir a diez años la obligación de la fórmula Sosa, que quizá trae consigo, por lo menos, el elemento esencial de una solución superior del problema — porque pone en manos de todos los hombres de acción y voluntad el medio de *comprar* su independencia con la más legal y la más moral de las monedas, en prestaciones de trabajo realizado y de deber cumplido.

Todo esto prueba que no nos faltan, ni al Brasil, ni a los demás países del continente, medios de seguir adelante, casi al mismo paso, aun cuando, por tiempo más o menos largo, tuviésemos que valernos únicamente de nuestros propios medios. Pero es preciso hacer, es

preciso proceder, porque el futuro está esperando. Aquél gigante acostado que impresiónó mi retina y mi espíritu en una clara mañana de 1908, sólo continua acostado en la prodigiosa síntesis que de su estatura geográfica quiso hacer el Creador, para pasmo de ojos humanos, en aquella estatua hecha de montañas. En espíritu, el gigante tropical está hace tiempo en pié, y trabaja sin reposo, movido por el afán de su inminente grandeza. Sóbrale fuerza, corazón y genio. Sólo le falta — dejando siempre abiertas las puertas de su hidalga hospitalidad a la caravana europea que por su propia conveniencia ha de ir a llenarle los saludables y ricos territorios — coordenar mejor sus propios medios de acción, aprovechar mejor, « taylorizar », aunque en formas simples, sus propias y extraordinarias energías, para ofrecer a las miradas y a la simpatía del mundo, la evidencia de su plena capacidad para un destino grandioso. El gigante que aun duerme es el genio de nuestra raza, es el buen gigante latinoamericano, que reposa descuidado, en la inconsciencia del misterioso peligro que, para los que duermen el sueño de la imprevisión, puede venir en la alforja de cada caminante que llega, o en el seno electrizado de cada nube que pasa.

XXVI.

CONVOCACIÓN DE LA VANGUARDIA

Juventud ! Alma nuestra !

« El Gigante Acostado » es un resúmen de doce años de labor, pero no es en un archivo : es un campo de trabajo, donde la acción comenzada, continúa. Nada viene en él que no tenga derecho a una supervivencia, por servicios a prestar, no por méritos hechos : nada vuelve en la vanidad de quien ganó un titulo de gloria, sino en la ansiedad y en la esperanza de quien aun no llegó al fin de su propósito, ni quemó todo el aceite de su lámpara. La mayor parte de los trabajos resumidos en esos dos volúmenes pueden obrar por sí mismos, sin precisar presentación que los favorezca ni comentario que

los confirme. Pero sobre dos de ellos desearía atraer una predilección simpática, por su valor actual como agentes de prestigio y de fuerza moral para nuestro continente y para nuestra raza. Refiérese uno a la organización del turismo continental, y el otro a la creación, bajo ciertas condiciones, de una Confederación Olímpica, que está propuesta para la América del Sud pero que debe ser latino-americana. Está explicado el pormenor de esas ideas, el punto de que partieron, el camino que hicieron y los fines a que aspiran. La organización del turismo por un acuerdo de las capitales latino-americanas (*) decidiendo contratar la cooperación de organizaciones ya existentes tan sabidamente eficaces como la Agencia Cook y la empresa Baedecker, es una idea simple y clara, que no puede tener sino prosélitos, y cuya organización sólo depende de que una de nuestras capitales decida, pero con profunda decisión, iniciar el movimiento. La Confederación Olímpica está iniciada de hecho por la acción armónica de las sociedades deportivas ; pero cuanto mayor volumen adquieren ellas, cuanto mayor espacio exigen para la expansion de sus viriles gallardías, más evidentemente se impone al espíritu la necesidad de dotarlas de órganos directivos superiores, de una alta autoridad incontestable que le amplíe los horizontes, le aproveche todas las energías, le evite el desgaste de las fricciones inútiles y de los choques irritantes. Por otra parte, ahora, la acción internacional coordenada es casi exclusivamente la del foot-ball ; y el ideal útil, que se abre camino y se impone, es el de organizar el atletismo integral, para el cultivo metódico de todas las disciplinas físicas por la mayor cantidad posible de ciudadanos de las diversas naciones, con un criterio de raza y una finalidad solidaria. Las cartas que tratan de esta iniciativa permiten limitar aquí la referencia a un toque de atención. Tengo la impresión de que esta vez llegaremos a la hora. Las juventudes de las naciones que, a favor de su vecindad geográfica, están espontá-

(*) « O Gigante Deitado », Vol. II, pag. 206 : *Pela nossa raça, na nossa América.*

neamente formando el núcleo inicial de la unión deportiva latino-americana — Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y, desde ayer, el Paraguay — ofrecen un espectáculo espléndido de bravura gentil, de emulación ardiente, de admirable cultura. Hombres de las mayores responsabilidades y de la más conspícua significación — basta recordar a Aldao, Toulouse, Juanarena, en la Argentina ; Batlle y Ordoñez (a quien se debe la excelente Ley de Cultura Física uruguaya), Smith, Ghigliani, Gomez, Sosa, Sierra, en el Uruguay ; Guinle y Prado Junior en el Brasil ; Alessandri y Matte Gormaz en Chile, con su esfuerzo, con su tiempo y con su prestigio, sirven la causa, — y los pueblos, desde sus élites hasta sus capas más profundas, vibran de emoción en las luchas y consagran los nombres de los vencedores con ardor ateniense. Chile, campeón atlético de América por tres veces consecutivas, recibe a Jorquera que vuelve vencedor de la Marathon, en tiempo record del mundo, en las Olimpiadas de Buenos Aires, con una ovación que sacude a las multidudes desde el valle del Aconcagua hasta el archipiélago de Chiloé, en un delirio de entusiasmo y de viril orgullo ; el pueblo le regala una casa y Matte Gormaz, Ministro del Exterior, paga de su peculio el viaje de Jorquera y de Medina, también campeón sudamericano, para que vayan a disputar por Chile, en la arena de Amberes, el campeonato del mundo. La Argentina, flamante campeón sudamericano de foot-ball y tennis, organiza con tenaz decisión su atletismo, improvisando torneos de prueba y estímulo donde impresiona el enorme número de concurrentes, — y la representación argentina que fué a Chile en 1920, improvisada en semanas, con una preparación deficiente en el tiempo, escasa en el número, supo conquistar para sus colores por Entrecasas y Rodriguez Jurado, dos records sudamericanos. El Brasil, que aún no participó en ningún torneo atlético internacional, improvisa febrilmente su atletismo, que no data ni de dos años, pero que acaba de demostrar la calidad de sus hombres : una vez campéon de foot-ball, practicamente invencible en natación y water-polo — por felices modalidades del am-

biente que le permiten entrenarse todo el año en mar — primero en pistola y segundo en rowing en Amberes, acaba de batir dos records sudamericanos en carrera y salto. El Uruguay, tres veces campeón de foot-ball, campeón de volley y basket-ball, detentor de diez records sudamericanos sobre veintidos pruebas olímpicas, compensando el reducido número de sus atletas con la extraordinaria calidad de algunos de ellos como Esteves Martin, Fernandez, Patiño, Di Luca, Gradin, Mazzali, Rivas, Gomez Harley, Recine, Berrutti y tantos otros, marcha a tomar puesto de vanguardia en el atletismo sudamericano, mejorando posiciones año por año, y proclamando su esperanza de, en este de 1922, coronar el esfuerzo colectivo con el título máximo. Finalmente, el Paraguay, que acaba de despertar a la vida del deporte, batió el año pasado, netamente, con maravilla del mundo deportivo, al aguerrido « once » uruguayo, tres veces campeón, y a quien por adelantado se le atribuía la victoria. Éramos cuatro hasta ayer. Hoy somos cinco. Mañana podremos ser diez. No pararemos hasta ser diez y ocho. Pero urge organizar esa fuerza magnífica, que se revela a la luz del sol, en la arena de las luchas hidalgas, de una manera coherente y prudente, para que las pugnas, tanto en el interior como en el exterior, puedan llegar al máximum del ardor varonil y a lo más vehemente de las viriles rivalidades, sin caer nunca en la riña o en el conflicto, que siempre dejan cicatrices. En el terreno deportivo, donde las susceptibilidades del amor propio se hipertrofian, especialmente entre campeones de países diferentes, la ruptura de las relaciones equivale a una especie de estado de guerra. Así, por causa del deporte apasionado y desigualmente gobernado, ha habido entre agrupaciones del mismo país y lo que es más grave, entre Federaciones de países hermanos, diversas pequeñas declaraciones de guerra.... Eso siempre es ingrato y podría, en un momento dado, ser funesto : a tal punto, que si no hubiese medio de evitar que los campeonatos sean eventuales factores de discordia, más valdría suprimirlos. Afortunadamente hay medios, — y yo los creo contenidos en el

proyecto de ley del Diputado Roca (*) — hay medios de coordinar, de una manera fuertemente orgánica, esa fuerza magnífica, para que una y no separe ; para que la vasta acción funcional de las corporaciones deportivas se desenvuelva dentro de una estrecha y fácil disciplina ; para que sus funciones se extiendan sistemáticamente a toda la masa de nuestros pueblos, dando al deporte una significación politica eminente, además de su alta significación educativa y social ; para que los vencedores sean aclamados sin amargura aun en casa de los vencidos, sintiendo todos que la victoria de un campeón nuestro es una victoria de la raza ; para que, en fin, en los días gloriosos de las Olimpiadas, por encima de los alardes del músculo, de los lances de la destreza y del coraje, por encima de los campeones de piés ligeros, de músculos estatuarios, de ojo certero y ardiente corazón, por encima de las banderas multicolores y de las multitudes vibrantes, tutelar y previdente, plane un designio superior. Así conquistarán nuestras juventudes el derecho de ser ellas las incumbidas de mantener encendida y pasar de mano en mano, viril y alegremente, la antorcha simbólica de nuestra fraternidad ; y de ser también ellas las primeras en encender, si fuese preciso, en la llama de nuestros volcanes, del Aconcagua al Popocatepetl, *la Cruz de Fuego*, que hoy invita a la unión y es signo de concordia, — pero que si nuestra Libertad lo pide y el Destino lo manda, será nuestro invencible signo de combate.

XXVII.

EN LOS OJOS DE LA ESFINGE

El día en que empecé a escribir estas líneas creí que me bastaría una vigilia para llegar al fin, desde que solo quería poner al frente de « El Gigante Acostado », ya impreso y sólo aguardando una seña mia para entrar al mundo, *una palabra inicial.*

Era en uno de esos maravillosos tramontos romanos

(*) Presentado al Congresso Argentino en 1918, creando el Consejo Nacional de Cultura Física.

que parecen teñidos en sangre de rosas. Todo queda, — en el mundo y en los cielos, las nubes y las cosas, — todo queda como bañado en ese divino color, que más que un color parece un rubor de la tarde, una suave emocion de la Naturaleza. No sé si aquel color augural que me encantaba los ojos entró también en mi espíritu ; porque en aquella última hora del día, *tuve una sensación de amanecer.* Debía ser efecto de la simpatía penetrante de la hora, porque sentí también la impresión singular de que algo del alma universal, del alma excelsa de los astros y del alma humilde de las cosas, penetraba en mi alma, y de que el corazón de mi raza, de la América Una y Nuestra, el corazón de la Humanidad entera, palpitaba en mi corazón. Miré largamente el tramonto, que con la vaga dulzura de un sueño, se desvanecía. Y entonces me pareció que tenía algo que decir.

Casi a mis pies, el agua rubia del Tíber, siempre otra y siempre la misma, venida de su fuente purísima pero arrastrando al paso detritus y tragedias, pasaba, con un vago murmullo, a perderse en el mar.

Ilusión ! pensé : ilusión formidable y excelsa ! Ilusión de paz, de amor, de concordia humana ; ilusión que naciste con los remotos tiempos ! Ilusión transitoria y eterna ! Tú también, como las aguas del Tíber, siempre la misma y siempre otra, nacida purísima y enturbiada en amargos contactos con la pasión de los hombres, tú también ilusión, como las aguas del Tíber, vas a perderte en el mar ?

Pasaron dos lentas semanas. La palabra inicial que pretendía escribir, contrariando la inclinación sedentaria de mi naciente escepticismo que más de una vez se encogió de hombros murmurando « ¿ para qué ? » se acordó de que tenía alas, voló más allá de mi espectativa, se aproximó al Futuro y puso el oído, miró de frente al Enigma, se fué en los tiempos, entró en la noche.

¿ Entró realmente en la noche ? . . .

Termino aqui estas palabras sin saber si quedó escrita la palabra inicial. Sin embargo, ésa era la única que habría deseado escribir.

Roma, Lungotevere, 8 de abril de 1922.

INDICE

		Pag.
I	El Gigante acostado	7
II	Asuntos de familia	9
III	Cada vino en su ordre	12
IV	Sin rumbo y sin programma	13
V	La lección del pasado	14
VI	Programa político	20
VII	Consejo de familia	24
VIII	Las dos Américas	27
IX	Revista homérica	30
X	Luces en el camino	33
XI	La piedra de toque	36
XII	La zona de fuego	39
XIII	E pluribus unum !	43
XIV	Los nuevos tiempos	45
XV	Las dos llaves de la América latina	48
XVI	Horizontes economicos	53
XVII	El amplexo de acero	55
XVIII	La unidad de los destinos	59
XIX	Los trabajos y los dias	61
XX	Anunciaciones	65
XXI	La fuerza y el hombre	66
XXII	Reservas olvidadas	70
XXIII	« Gente bueno, indio contento »	72
XXIV	La taylorización del brazo nacional	74
XXV	Nacionalismo poblador	76
XXVI	Convocación de la vanguardia	79
XXVII	En los ojos de la esfinge	83

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
1418
B48

Bernárdez, Manuel
La cruz de fuego

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 25 01 12 012 2